

*Rodolfo González Pacheco nació en Tandil, Buenos Aires, en 1882. Fue uno de los principales agitadores y propagandistas que tuvo el anarquismo, no sólo en Argentina, sino también en sus viajes por México, Cuba, Chile, Paraguay, Uruguay y España. Como orador y escritor se destacó en la síntesis y radicalidad, como también en su prosa, de la ideología. Colaboró en La Protesta e impulsó numerosas publicaciones, entre las más importantes figuran La Obra y La Antorcha, ésta última expresaría la voz de las sociedades de resistencia autónomas a la F.O.R.A., conjuntamente con los compañeros Antillí, Bianchi, Badaraco y Anderson Pacheco, entre otros. Aparte están también sus escritos literarios y teatrales. Sufrió la cárcel y las persecuciones. En España luchó por la Revolución y contra la tendencia del movimiento obrero que la negaba. Murió el 5 de julio de 1949.*

*Editamos aquí dos selecciones, en dos folletos, de sus Carteles correspondientes a los dos tomos que publicó la Editorial América-lee.*

*Lo han llamado últimamente "el santo ácrata", lo que sin duda le hubiese causado gracia sino rechazo; lo llamamos el compañero González Pacheco.*

EDICIONES  
**¡LIBERTAD!**

publicacion\_libertad@yahoo.com.ar  
www.geocities.com/grupo\_libertad

# CARTELES II

Biografía, de España, Los míos,  
de Ushuaia, Conferencias  
y Fragmentos  
(selección)



**Rodolfo González Pacheco**

puede perverse lo que una revolución va a ahogar en sangre o va a crear en sangre. Lo único previsible es esta paradoja grotesca y trágica: los primeros que bandean son los que envejecieron labrando el cause y el plan para contenerla. Kropotkin constató esto, y así lo escribió días antes de su muerte. Su vieja Rusia paría una Rusia nueva que desbordaba todas previsiones. ¿A qué hablarle, si no oiría? Y aunque oyera, ¿acaso podría entenderle? Esto apunta para su mujer y su hija que le instan para que diga la palabra de su ciencia entre aquelladesaforación de los instintos. ¡Cuánto dolor resuma esas carillas postreras que le recoge en un libro Ricardo Baeza! Entonces, ¿nada? ¿Queremos decir con esto que está demás cuanto se haga como balance o arqueo del *Debe* y el *Haber* sociales? ¡No! queremos decir que todo, no sólo en ese renglón de la economía, en filosofía también, y en arte, es necesario plantearlo con ese otro hombre a la vista: el de la revolución; revolucionariamente. De lo contrario, si giramos lo que extraemos de una realidad burguesa, ello nos dará soluciones de su misma esencia y corte. En economía, y en todo.

**De “Moler bien y para todos”, *La Obra*, N°40**

## BIOGRAFÍA

*Nació Carlos Rodolfo González Pacheco, según registra su partida, el 9 de agosto de 1882. Ni alumno modelo ni chico desdichadamente modoso, que hacen la delicia de ciertos padres, su infancia se deslizó traviesamente entre sierras y valles, los de su Tandil natal. De sus travesuras da algún reflejo el cartel “La Plata” y de su contracción a la escuela el cartel “Dolores”: “¡Eran tan tristes las clases! Nos salvamos gracias a esto. Y hoy sabemos que la vida es grande...”*

*Seguramente afecto a la lectura desde la adolescencia. apenas mozo fue ganado por el anarquismo, que imantó para siempre su pensamiento y su vida. Y empezó a hablar a sus copoblanos desde una tribuna –lo cuenta era la conferencia “Santa Cruz”, del tomo II– a principios del siglo, antes que, si no a escribir, a publicar. Porque debió haber gastado algunas plumas quien lo hacía con tan firmes rasgos desde sus primeras publicaciones. Rasgos titulábase, precisamente, su primer libro, de prosa y verso, editado en 1907. Rasgos eran.*

*Ya colaboraba en nuestros periódicos y pronunciaba arengas en los mitines. Los viejos lo observaban con complacencia; con entusiasmo lo escuchaban o leían los jóvenes. Era un valor nuevo, activo y original. Y, para mejor, propagandista-escritor y orador, no escritor-literato ni orador-divo, que tanto proliferaban entonces entre los avanzados.*

*“Lo que cubría el horizonte, brotaba hasta sobre los mármoles de las mesas, con una fuerza de maciega del trópico, tapando la realidad como una glorieta el sol, era la literatura...” “Todos eran anarquistas; como si escribir fuera, no más, ser eso. Mas no por lo que esta idea, doctrina o temperamento lleva en su tuétano como latido cordial, fiel a la libertad y fervoroso de la justicia, sino por su irradiación externa, disonante, huracanada, épica...” “Os hago gracia del recuento y del recuerdo de cuantos eran entonces dinamiteros del verbo –explica Pacheco en su conferencia sobre Ernesto Herrera–. No hay que ser cruel nunca y hay que creer en la sinceridad de los jóvenes siempre...” “Y en este ambiente falso, verbal, pintado, apareció Herrerita.”*

*Así apareció también Pacheco, en un contraste que los años fueron acentuando. Igual había pasado en España, en la ampulosa y retórica literatura finisecular, contra la que reaccionó la llamada generación del 98. Pero allá eso no ocurría entre los avanzados, ni menos entre los anarquistas, cuya prosa tomaba diapason en Salvochea y Lorenzo, en Mella y Tárrida del Mármol, en Prat y Pellicer Paraire, autor este último de las admirables Conferencias Populares sobre Sociología y creador, en Buenos Aires, del Instituto de las Artes Gráficas.*

*A poco lanzaría con Antillí, en San Pedro, Germinal, el primero de la brillante serie de periódicos que dieron, en gran medida; la tónica de la prensa anarquista del país. Y luego La Mentira (órgano de la patria, la religión y el Estado), con Federico A. Gutiérrez (el oficial de policía a quien el viejo Ragazzini había contaminado de*

*anarquismo en sus frecuentes estadas en el Depósito de Contraventores; periodista de talento y buen poeta que había popularizado el seudónimo, Fag Liber, con que firmaba sus colaboraciones en La Protesta y el valioso libro Noticias de policía). Más luego apareció Campana Nueva, con Antillí, al que siguió el vespertino La Batalla (La Protesta aparecía de mañana), promovedor de la gran campaña del Centenario contra la Ley Social y la de Residencia, que soliviantó a los obreros y congregó mitines nunca vistos en la Argentina. Extraordinaria fue también la represión que se desató: cerrojazo general a toda la prensa y las organizaciones nuestras, detenciones en masa, deportaciones, además de las infaltables torturas. Pacheco fue a parar, con muchos compañeros más, al presidio militar de Ushuaia. Sus recuerdos de entonces integran un capítulo de este tomo I.*

*A todo esto, conferencias por todo el país, en plazas, locales obreros y salones. Y controversias. Su verbo acertaba con la vena de lo genuino, ganando en profundidad, eficacia y belleza. Al par, su prosa se iba afinando, al adquirir, con el dominio de la dinámica de su estilo, precisión y serenidad, mayor concisión y más riqueza. La plétera de ideas se echa de ver siempre, remansada ahora en ritmo menos áspero, aunados el pensador y el poeta en el feliz logro. Antes sólo era intensidad; ahora es también dirección, la que “constituye asimismo una fuerza, y no tan sólo la intensidad”, como dice Barrés, citado por Barrett. Así logra sentido y conciencia de su fuerza y, con ella, mayor responsabilidad.*

*Vuelto de Ushuaia, con Foppa sacó Libre Palabra, y después El Manifiesto, con Antillí, que dejó para irse, siempre en propagandista, a México y Cuba, y atravesar el charco hasta España. Estuvo de regreso en agosto de 1914, y entró en la redacción de La Protesta.*

*Antillí, su camarada-amigo de siempre, purgaba desde fines del año anterior una condena de tres años, por la Ley Social, a causa de un artículo sobre Radowitzky, en el cuarto aniversario de su atentado. Terminada en 1916 la condena de Antillí, él y Pacheco reanudaron, con La Obra, la línea de sus notables periódicos. Por esa época, con más intensidad que anteriormente, recorrió el país en jiras de conferencias, con breves descansos entre una y otra y las interrupciones motivadas por el estreno de sus obras de teatro, iniciadas con Las Víboras, en setiembre de 1916.*

*El 5 de mayo de 1919, a cuatro meses de la “semana trágica”, un edicto policial sobre publicaciones anarquistas las clausuró: La Protesta, La Obra... todas. Pero a menos de tres meses de esa fecha, la gente de La Obra quincenal, con el concurso más activo de Anderson Pacheco y Bianchi, sacaron Tribuna Proletaria, diario de la mañana nada menos, con el que se libró triunfalmente la batalla contra la desviación de la llamada dictadura proletaria, como se había debelado antes la débil desviación guerrillera y la incursión camaleónica. La actuación de Pacheco fue, en todos los casos, relevante.*

*Y entre campañas de conferencias a lo largo y a lo ancho de la Argentina, viajes a*

o a la vida nómada; no es no lavarnos la cara o viajar a pie o a nado. Es solamente querer, antes que todo y por siempre, la libertad; partir de la libertad; no asentar ningún problema sino sobre este pizarrón ardiente: la libertad. Y es de ahí que parte, que crece, que difunde entre el pueblo el comunismo anárquico.

El industrialismo, en cambio, se afirma en esta premisa, de cuño absolutamente marxista: lo actual es bueno, sino en lo que es, en lo que podemos hacerle parir. Prolonga al bien, lo que hoy es mal; da por cierto y aceptado que el progreso burgués debe abortarnos al fin el progreso humano. Es evolucionista, en una palabra.

**“La Antorcha”, N° 131**

El hombre no es solamente egoísmo. Dentro de él, y por arriba, latente e imponderable, como razón y nostalgia, hay su inquietud y su ideal de lo noble y de lo justo. Y a ello debemos lo mejor que hay en la tierra: la ciencia, el arte, el trabajo. De esa generosidad, que está también en su sangre, vivimos más que de pan. O, por lo menos, tanto. Aquello es su tragedia, su círculo; ésta es su espiral, su drama. Juguete de lo económico, que él mismo crea, o determinante de su destino, que debe crearse: he aquí el dilema que, cada vez más agudo y rotundo, planta una guerra a muerte entre autoritarios y libertarios.

**De “Extranjeros en España”, La Obra, N° 24**

Ayudar es ayudarse. El esfuerzo que se pone en la obra revolucionaria, no cae a un pozo, sino que se alza y se suma a un impulso de la vida. No muere tragado por el vacío, sino se alarga y se aclara en el torrente idealista. Es la gota de que está hecha la ola, la piedra que tiene en pie la montaña, seamos conscientes de esto para que nuestra alegría de hacer aun más humildes cosas por la Anarquía –escribir un manifiesto, pegar un grito, repartir un folleto o un periódico– no decaiga renazca siempre.

No es el caso de ponerse este dilema enfrente: o todo o nada. Todo no se puede, compañeros; nada es la muerte. Algo, algo cada día, cada hora es lo que vale, lo que cuadra a la planta en la tierra, al monte en la altura, al hombre en la batalla. Hagamos algo, pues.

**“La Antorcha”, N° 304**

Ocho conscriptos fusilaron a dos criaturas de Avellaneda. Los mandó el mayor Rosasco. Sobre dos pechos inermes, abrieron ocho bocas de las que saltaron ocho salivazos rojos. Las escupidas calientes no cayeron en la tierra ni en el aire, sino en las frentes de esos ocho soldados. Son también ocho balazos de los que llevarán las cicatrices mientras vivan.

Sí. A poco que lo mediten, verán que ellos están también acribillados; acribillados de desprecio público, de indignidad humana, de asesinato alevoso. Que está tan muertos para el amor y la paz entre los hombres, como los dos muchachos que fusilaron. Y que el fusilador de todos fue ese mayor Rosasco.

**“La Antorcha” N° 302**

Las revoluciones de fondo y de magnitud sociales no sólo desatan fuerzas que no previmos; son, una vez desatadas, ingobernables. No oyen más voz ni atienden más directivas que las que interrumpen las bocas amordazadas por siglos, y que ahora gritan lo más bajo y los más alto que tiene el hombre; una salvaje mistura de barro y luz, amor y odio. Son cataclismos. Como no puede preverse hasta dónde un terremoto va a destruir todo lo creado y aflorar todo lo inédito, tampoco

SINDICALISMO.— El sindicalismo en sí no ha dado más que fracasos hasta ahora. Se ha engañado y nos ha mentido. Ni tenía la fuerza para la revolución, como creía, ni el amor a la libertad, como nos dijo. Era excluyente y sin ideales. Partía de la esclavitud para llegar al predominio. ¡No amaba, no amaba!

Mientras fue un modo, no más, de defenderse los obreros de sus amos, un fenómeno social, un abrazo de la corriente, estuvo bien; cuando pretendió afirmarse, detenerse, ser la base de un nuevo ciclo histórico, una causa y una sociología, se ha perdido.

Las ideas anarquistas lo atacan y lo baten, no para destruirlo, sino para centrarlo de nuevo, ponerlo en su verdadero pie de una de tantas cosas que sirven a la libertad del hombre; no la única. Grandeza, he ahí lo que le faltó, no en el fin, sino en el medio al sindicalismo; fervor por la causa humana; fe en la liberación total. Quiso ser fuerza, no más, y no supo que a donde no hay amor no hay potencia. No hablo ni pienso nunca bien de los haraganes, los artistas y los sabios. Era sólo para los trabajadores su paraíso. ¡Y no, no! De ser, tiene que ser para todos, ¡para todos!

No se abren ciclos históricos con ideales más pequeños que aquellos que les son contemporáneos. La cuestión no es obrera, sino humana; el trabajador es el hierro en la montaña, pero en ella hay también mármoles y granito y otros metales. El ideal grande, el que tiene el porvenir seguro, es el que todo lo abraza, lo ilumina todo y todo lo ama. ¡El comunismo anárquico!

“La Antorcha”, N° 51

Lo que se aspira, lo que se sueña, es tan importante, por lo menos, como lo que se hace. La historia no alza cadáveres ni se nutre únicamente de gestos; perpetúa ideas, alumbra definiciones. Lo que pasa de pueblo un pueblo, de siglo en siglo, no es sólo el cálido oleaje de la sangre de los mártires, sino también el concepto, cada vez más alto, cada vez más amplio, de la libertad humana.

“La Antorcha”, N° 88

El pensamiento de una virilidad; una fuerza que vive alerta, que no cae en ninguna trampa ni tradicional ni contemporánea. No hay mujer, sea la gloria, la madre o la amada, que le ciña el cuello y lo avasalle. Podrá aparearse, seguirlo, ungirle como la Magdalena los pies al Cristo, pero domesticarlo y tenerlo a su servicio, ¡nunca!

“La Antorcha” N° 45

Se olvida fácil y a cada rato que la anarquía no es una consecuencia, sino un principio; no es una deducción, sino un ideal de fondo; no nace en dadas etapas de progreso o retroceso, sino en la misma eterna vida. Se espigan las resultantes burguesas, que han de ser, lógicamente, contrarias a la libertad humana, cuando lo que debería espigarse son las posibilidades de ser libres, aun cuando todo, determinismo o realidad histórica, estuviera en contra. Pues no es política lo que hacen los anarquistas, sino filosofía.

No nos interesa nada adonde marche o regrese la economía contemporánea, pues de antemano sabemos que ella será consecuente al derrotero inicial, que es siempre una sujeción al dios, al rey, al amo. No podemos, ni aun forzando nuestra buena voluntad, avizorar panoramas libertarios, sobre campos roturados y sembrados por esclavos. Que tal sucede con el progreso actual de la ciencia, de la industria, de las artes.

Y esto no es ir ni volvernos contra la luz o la higiene o el maquinismo; no es saltar a la caverna

*Montevideo en actividad militante y fructuosas jiras a Chile, en 1923, y en 1924 al Paraguay, donde lo sorprendió el ciclón de Villa Encarnación, en el que dio pruebas de su entereza bajo las furias de la naturaleza, como las diera siempre bajo las furias de los sicarios del Estado; entre periódicas detenciones, la más larga bajo Urriburu, que aprovechó para escribir Juana y Juan, y una condena a seis meses, en 1926, por un artículo sobre Wilckens de que se hizo cargo, que no cumplió pues prefirió veranear para no agarrar viaje, mantuvo su colaboración en El Libertario, La Antorcha y otra vez La Obra.*

*¡Cuán intensa vida en una vida! Y de qué calidad.*

*Al recibir la noticia de los levantamientos rusos de 1905, Reclus exclamó alborozado en su lecho de moribundo: ¡Al fin! No fue entonces. Cuando la revolución española de 1936 —la más grande y profunda tentativa revolucionaria de la historia—, Pacheco partió para España. ¿Al fin? Pero tampoco fue entonces. De su experiencia habla uno de los capítulos del tomo II, fruto de una madurez plétórica y depurada. De allá volvió a reanudar su actividad de siempre, para morir, casi doce años después, años de difícil militancia, el 5 de julio de 1949. Y ahora, con estas ediciones, sus letras vuelven a reanudar la batalla de toda su vida.*

ALBERTO S. BIANCHI

\*\*\*

## DE ESPAÑA

### EL DRAMA ESPAÑOL

Tratemos de hacer conciencia. Porque entre todo lo bueno que se ha venido de España, tenemos, ahora, lo malo que aquí se viene. Arribista, como siempre, la prensa burguesa ha creído ponerse a tono español girando el lugar común. No entiende nada, y se explica. Móviles, sentidos, fines, le son extraños en esta lucha, no de izquierdas y derechas —márgenes de un solo caudal de fango que es la política—, sino entre las dos corrientes que se disputan su vida desde que existe: la que va y la que regresa. Por toda la libertad o toda la dictadura.

El viejo pleito del Hombre; aquél de todos los tiempos, primero y último —¿libre o esclavo?—, es hoy el pleito español. Español por el coraje tremendo con que van a dirimirlo los españoles. Que así es España: absoluta en claridades y en sombras. Y porque es así es también tan terriblemente hermosa su posición en la Historia. De extremo a extremo: “¡Vivan las *Caenas*” O ¡Viva la anarquía! La pelea está en su sangre. Y gracias a sus contiendas, de siglo en siglo, la humanidad ha sentido que vivir es una gestión dramática, una batalla a morir entre lo vil y lo heroico.

Como ahora. Bolcheviques, liberales, militares la venían propagando tenazmente. Mansa y fértil —tierra, al fin, de cementerios—, les devolvía mil por uno. Ya era marxista, republicana o monárquica... Pero he aquí que, al primer pistoletazo, o al primer grito de guerra, es como si su destino la llamara por su nombre: ¡España! Y su superficie se hunde y su fondo sube... Y salta sobre la arena la crucial española: dos bandos, que siempre fue, y que será, mientras no triunfe uno solo, acabando con el otro.

¿Y el determinismo histórico? ¿Y la cultura política? ¿Y dios y el diablo?... Palabras. O, si queréis más: pretextos para volver con más furia a la guerra vieja.

Éste es el drama español, que ya no es social tampoco; que está más hondo, va más allá, y no tiene solución en un envaselinatedo juego de relaciones. Su problema, que no pudo resolverle ni el romano ni el francés, ni el judío ni el moro, es el angustiante y único que debe plantearse el Hombre: ser o no ser. Abismo o cumbre. Ladera: ¡no!

En estas agonías vive la realidad española. Cuando fracasa, descansa. Y en estos descansos es que la explotan los políticos, la aherrajan los militares y ven su España de pandereta los literatos.

Hasta que, descansada, vuelve a la lucha. No hacia derecha o izquierda, sino hacia atrás o adelante. Por toda la libertad o toda la dictadura.

Veréis, si no, de aquí a poco. Bolcheviques, liberales y monárquicos enjuagarán sus tinturas, que sólo son de fachada, para aparecer unidos, codo con codo e iguales, frente a nosotros. Éste es el nudo del drama, cuyo primer acto, ahora, se está jugando en España. Y que sólo es español por el coraje tremendo con que esta vez, como siempre, lo plantean los españoles.

Somos dos bandos los hombres. La pelea es en la sangre de la entera humanidad. ¿Libres o esclavos? ¡Por la anarquía, compañeros! ¡Como en España!

## DURRUTI

El anarquismo es, primero que todo, una posición: el hombre libre. Por querer serlo es su lucha con el medio, mundo o trasmundo, metafísica o prejuicio que le niegan o le oprimen. Su doctrina, el comunismo anarquista, es un sentido, no un tópico: un resplandor de su sangre y no una entelequia sociológica. Está en ella y la milita y la vive, y ése es su drama: que el impulso de su vida, poderosa o delicada, al expresarse en su acción, pueda revelar, para unos, la buida imagen de un santo y, para otros, la enmarañada estampa de un bandido.

Éste es el hombre que aún no ha captado la historia, ni intuido el arte, y a cuyo paso escupen o se hacen cruces los papanatas. (Los periodistas). De él, de su oscuro camino que, de tanto en vez, alumbra su odio al tirano o su amor al pueblo, no sabe ni siente nadie que no sea otro libertario. Como Reclus, el tierno, sabía de Ravachol, el dinamitero.

Y que lo ignoren tampoco importa. Y menos que nunca ahora, cuando ideas, sentimientos y adjetivos están de vuelta hacia los instintos. Bueno o malo, vil o noble no expresan nada. El burgués, con su cinismo, avergonzó honra y deshonor. Han quedado las palabras; las cascarras de una pulpa que se ha volcado hacia adentro, a la raíz de la especie. ¡Mejor! De allí volverán mañana más sabrosas y fragantes. Más esenciales. Para esto es también la guerra con los dientes apretados y la esperanza del triunfo hasta en los gusanos de nuestros muertos.

Durruti, santo o bandido, no es, jamás fue, el real, el Durruti nuestro. Eso es caricatura o leyenda: las dos estampas barocas tras de las que siempre estuvo, erguida en su tragedia o su poema, la imagen militante del anarquista. Y ésta no la ve ni capta nadie más que nosotros.

Ha muerto el hombre. Frente a su noble jornada, que no tuvo más salario que el de su odio al tirano y su amor al pueblo, meditemos un momento: ¿Qué fue Durruti?... Un compañero, cuyo vacío hay que cubrir como, a su tiempo, cubrió él el de otro. Llorarlo sería llorarnos. Y ahora estamos en la hora de hacernos al rojo vivo; de que la sangre y las lágrimas se nos vuelquen hacia adentro, a la raíz del coraje. ¡En marcha! ¡Avante!

\*\*\*

## FRAGMENTOS

LA PATRIA.— La patria, para los que no la amamos en esta expresión política de los patriotas, es el hogar, y de éste, lo que los sentimientos magnificaron románticamente. La querencia es nuestra patria. Rincón del mundo, pequeño como un pañuelo, en que tomaron calor de nido las audacias primerizas, los pensamientos humildes que son más luego las piedras básicas de las personalidades.

Salgamos de ahí, y la patria no aguanta un golpe de crítica sin venírsele al suelo, cuarteada. Desde lejos, de otra tierra, extraños, cuando la idea necesita concretarse a un punto, a una síntesis primaria y consoladora, se ve claro esto. La querencia es nuestra patria. Su tiranía es romántica, de recuerdo, magnificada en la carne. En ella están, desde la madre que nos late en la memoria como un viejo corazón, hasta el amigo que se nos enrosca en el pecho con sus brazos leales. Y entre esos dos polos, un mundo de pequeñeces queridas y añoradas. Y nada más.

La patria de los patriotas es muy otra. Edificada de afuera, contra nosotros, cada paso en su grandeza pisa en nuestra libertad, apunta el cañón de una tiranía a nuestros pechos. Conspira para anularlos más allá todavía de sus fronteras.

**(Hijos de italianos) “La Protesta”, 8-9-1915**

La calle, la lucha, el deseo de aparecer en la arena, también listos y resueltos a todo evento, no pueden ser un motivo para negarnos. Si para actuar nuestras vidas en necesario empalidecerlas, olvidar fines y sueños, al demonio la actualidad, camaradas. Más vale pegarse un tiro.

**(Anarquismo y anarquistas) “La Protesta”, 19-12-1915**

EL CRIMEN DE AYER.— El crimen de ayer... ¡Ah, sí! Nosotros sabemos bien que en el cuerpo de la humanidad hay todavía cavernas, grutas y lúgubres hendiduras llenas de fieras; que somos como un planeta, del cual apenas si algunos pocos audaces conocen sólo la costa, la playa, pero que conserva todo el interior inexplorado y salvaje. Y nosotros sentimos —no odio, no— piedad, dolor y vergüenza por aquella parte humana que mora y clama en la sombra.

El crimen de ayer... El crimen de ayer es, pues, tu crimen, mi crimen, el crimen de todos los que se sienten hombres. De todos, porque no fuimos capaces de redimir esa parte de nuestra naturaleza, limpiar esos eriales de víboras. Sí, sí, hermanito que matas, madre que descuartiza su nene, chico que robas llorando: perdónanos. Perdónanos de no haber ido a vosotros todavía con amor, con cultura, con verdadera justicia.

**“El Libertario”, Nº 9, 7-8-1920**

EL JUEGO.— Jugar es decadente. Es darle beligerancia a una fuerza que todo hombre viril echa de sí cada vez más lejos: el azar. Poner en manos de la casualidad el destino. Hipotecarse a la suerte, al hado y a lo que salga. Sólo pensar que nuestra felicidad no depende de nosotros, de nuestro esfuerzo constante, audaz, ya nos repugna. Y a más que hay que tener el valor también de ser pobres, mientras la mayoría sea miserable. En esto, como en tantas otras cosas, ningún hombre de conciencia debe querer ascender mientras quede el pueblo abajo.

**(Ladrones) “La Antorcha”, Nº 9.**

Camaradas: no os llamamos a una clase ni a una casta. No tenemos en cuenta tampoco qué os determina a ser esto o lo otro. Deterministas a medias, fiamos en la voluntad sobre todo. Cuando decimos: los burgueses y las masas, los de arriba y los de abajo, lo que queremos recortar son posiciones. A favor o en contra de la Anarquía. Esto no es testarudez ni postura verbalista. ¡Ay! El que ha vivido sabe que, quien más, quien menos, todos estamos propensos a girar un poco en blanco, más allá de nuestras capacidades. Sabemos, y nos cuidamos. No os traemos ensueños ni caprichos, sino concretos sociales. Ahí está el proletariado con su gran dolor desnudo, rencoroso o pasivo: debemos penetrarlo. Ahí está su trabajo, cuanto más triste y anónimo, más rico en posibilidades revolucionarias: debemos revelarlo. Ahí está toda su vida, clara, derecha, rotunda: de ella hay que saturarse. Ésa es nuestra cantera y nuestra mina. Hay que erguir lo proletario, que es la fuerza y la razón de la Anarquía —su piedra y su hierro— si queremos destacar un anarquismo recto y firme también, como de hierro o de piedra.

Comprendemos el encanto de lo burgués: su cultura, sus progresos, la fina y bien distribuida lubricación de su complejo engranaje. A pesar de que todo ello sea nuestra sangre, son nuestras lágrimas, hay a quien no le repugna, a quien hasta le encanta. Más, todavía: pretende encantar también a los proletarios.

Le decimos que no. Al hombre fuerte, anguloso y vasto que es el de abajo, todo eso le viene chico o le queda grotesco. Son pequeñas cosas que sólo encantan a las pequeñas almas. Acordaos de Wágner y el alcalde de Dresden. Pero aunque le vinieran como pintadas, la radio y el auto, el pullman y el aeroplano, la novela en la mesa de luz y la banalidad en todas partes, sospechamos que se olvida todavía lo esencial: que la vida se conforma de adentro afuera, que confort es sólo aquello que se adapta a nuestro espíritu, y que cuanto ahora existe con este nombre, o como comodidad y belleza, es porque viene al pelo de los parásitos y a contrapelo de los trabajadores. Éstos deben, si deben cumplir un destino, crearse una civilización a su medida, o sin medida. Se trata de una existencia articulada en poderosas pasiones para poderosas gentes. Se trata de proletarios contra burgueses, como, antes, de éstos contra feudales. Se trata de lo contrario, lo opuesto: de morir o ser advenedizos, o de llevar adelante la revolución por la Anarquía.

Y ésta ya viene; aquí está. No sólo en huelgas, motines, artes para las masas y rebeliones de estudiantes contra maestros, sino en algo que fue siempre, históricamente, el índice y el signo de todo vuelco social. Mientras aquello acontece, puede decirse que aún no aconteció nada. La paz reina en Varsovia. Son los síntomas, pero todavía no son la cosa.

La cosa es cuando plantea problemas sin solución ni en la política ni en las concesiones. Cuando surge un hombre, o cien, que dirime los asuntos en clásico y en heroico. —¡Quiero! ¡Puedo! Y no sólo se lleva lo que quiere, sino que arrastra tras sí la admiración de los pueblos. Entonces es que otra moral ha nacido y que la vieja saltó como una cascara rota desde adentro. Y ahora es eso. Y aquí está.

Todos los periodos de inminencia catastrófica dieron estos espectáculos, que hoy se generalizan, profundizados, en el mundo: los llamados delitos o crímenes en sus más variadas y emprendedoras militancias. Que nos duela o no —a mí no me duele nada—, fueron siempre los *bandidos* los precursores físicos de las revoluciones. En sus uñas y sus armas, su coraje y sus sarcasmos, esplendió el primer destello de toda nueva justicia. Y ahora es eso. Y aquí están.

Os hago gracia de daros a oler sus entrañas. Sabéis que son como las nuestras, no más, con más desesperación o más audacia. Lo que interesa es que acendréis su significado histórico. Vienen porque la revolución se ha puesto en marcha, porque sube de todos los abismos, porque fuimos nosotros a llamarla. ¿Quién se alarma, ahora, o le hace ascos?... Nosotros, no. Nosotros saltamos al medio de su corriente para afirmar la Anarquía, nuestro anarquismo de abajo, el de las masas, el proletario. ¡Adelante y adelante!

## ¡A POR TODO!

La realidad anarquista está en las posibilidades que tiene el pueblo de realizar la anarquía. No la inventamos nosotros: cuando más la suscitamos, poniendo un acento enérgico a cuanto en él es instinto y esperanza. Intuía la libertad: debe vivirla; aborrecía el Estado: debe aplastarlo.

Esto no será tan fácil como escribirlo. (¡Qué va a ser si ésta es la lucha en que agonizamos!) Pero nadie puede probarnos que es imposible. Por más que digan los que, llegada la hora de la realidad anarquista, se quedan a la mitad del camino, los obstáculos que ven o los riesgos que señalan, no se los levanta el pueblo, sino los que no pueden querer, porque no les conviene, o porque no comprenden, la anarquía. ¿Cómo aliar las pequeñeces de ellos con las grandezas nuestras?... ¿Por qué pararse a contemplarlas?... Mejor sería recordar que no hubo, hasta ahora, alzamientos populares, y menos revoluciones, que se perdieran por pelear mucho y quererlo todo, sino al revés: por no emplearse a fondo y querer poco.

Del mal el menos, es un eufemismo del no podemos; la realidad que se nos impone, no la nuestra. Porque no se puede todo, solos, adherimos a los que, solos también, no pueden nada. ¿Pero es que somos nosotros, los Fulanos o Zutanos, los miles o los millones de anarquistas, la anarquía?... ¡No! ¡Protestamos que no! Que tengamos su acento y su doctrina no quiere decir que tengamos la realidad de su vida. Ésta la tiene el pueblo. Y de sus limitaciones para vivirla no podemos hacer caudal nosotros: porque no está probado que así sea y, en cambio, sí está probado que el que lo limita es el gobierno.

En este instante del mundo de sí o no, de bien o mal, sólo los que no pueden, por infijos o cobardes, juegan a menos. Son los que siempre también ventajearon las derrotas de los rotundos y fuertes. Los que, entre los dos extremos del varonil todo o nada, del salto hacia el infinito o el regreso a la caverna, se quedaron en el medio, entre las dos audacias, que les dan miedo.

¿Somos nosotros, los anarquistas, de éstos?... ¡No! ¡Protestamos que no! Son nuestras arremetidas las que han llevado a la humanidad a esta encrucijada de vida o muerte. ¿A qué engañarnos?... Porque peleamos por todo, los enemigos del hombre pelean por que no logremos nada.

Pero el pueblo quiere todo. La anarquía es todo. Anarquistas: ¡A POR TODO!

## POLÍTICA

¿Era una fatalidad la lucha entre las fracciones por “el copo de las masas”? Lo que se llama fatal ¿no es la carátula trágica bajo la que ríe el caudillo? ¿Quiénes desatan y explotan tal fatalismo? ¿El pueblo que, fatalmente, sufre y muere en la pelea, o los que, en las retaguardias, viven y operan con vistas a las ventajas, suyas o de sus partidos?

Tras el golpe que aplastó, no sólo a los militares, a los burgueses también, el proletariado ibérico volvió, una parte al trabajo, mientras la otra defendía y ensanchaba el área de sus conquistas. La revolución vivía desde el fondo de las almas hasta la boca y la punta de las herramientas y de los rifles. Honda, ceñida, vibrante, expresaba la alta tónica y la corajuda mística de una mayoría resuelta a todos los sacrificios para llevar adelante su primer triunfo. Así la vio y la sintió el mundo asombrado. Así era.

¿Quién, o quiénes, sobre el Estado vencido, cavilaban el botín de jefaturas? El pueblo no. Los políticos. Al margen de la generosidad pululante preparaban el asalto al Poder vacío de jefes. No eran obreros ni revolucionarios; eran parásitos, y querían ser amos.

No es gran éxito lograrlo en una revolución. No acredita ni de genio ni de héroe. Eso es lo

que está vacante; que abandonan en su fuga de gallinas, los burgueses, cuando ven venir las águilas proletarias. Pero, ¿a quién sirve? ¿Qué monta? ¿Vale la pena frenar el hecho insurreccional para despojar a aquellos de lo apropiado... y apropiármolo nosotros? ¡No! Si la revolución ahonda su cauce vivo, todas estas porquerías serán barridas. No son fatales.

Fatal ha sido otra cosa: que en vez de seguir al pueblo, orientándolo en sus luchas, nos viéramos a compartir posiciones de gobierno. Fatal que en eso estemos aun. Fatal para nuestra fuerza y el decoro de nuestra alma. Fatal que politiquemos, porque seremos vencidos, fatalmente... Y ésta es la única fatalidad que nos parece muy bien: ¡Que en política nos venganzan!

## GANAR LA GUERRA

Cuanto pensamos —y hasta donde es hoy posible escribirlo— es para ganar la guerra. Perderla es morir. Pero hay algo más aún: ganarla contra nosotros como anarquistas, es suicidarnos. Al frente o atrás, en el posibilismo político o en la posibilidad revolucionaria, hay igual amenaza: la muerte.

Ni suicidas ni mártires, miramos la disyuntiva serenamente. Sin fanatismo ni miedo. Y vemos que la salvación está en nosotros. No la física, que en la guerra es problemática; la moral, que es la vida para siempre.

Y nos quedamos con ésta. No para perder la guerra, si no se puede ganar para la anarquía; esto es estúpido y puede ser también cobarde. Para perderla o ganarla fieles a nuestro anarquismo; esto es coherencia y coraje. La realidad extraída de todas las realidades que nos han dado a elegir los que se dicen realistas.

Ganar la guerra desde la revolución. Pudo ser; no fue. Puede ser todavía. ¿Cómo? Volviendo a la revolución.

Contra Mussolini y Hitler: la revolución. En frentes y retaguardias: la revolución. En nuestra vida de lucha y de relaciones: la revolución. Para que los obreros del mundo, los hombres libres del mundo trabajen y vengan, como al principio venían y trabajaban por la revolución en España: ¡La revolución!

Nos jugamos la cabeza a que todavía ganamos esta guerra desde la revolución. A que de este punto muerto, en que ahora ha caído todo, aún es tiempo de saltar a la victoria. ¡Desde la revolución!

## “LA CONTRARREVOLUCIÓN EN ESPAÑA”

Una revolución en marcha no puede ser juzgada desde la inmovilidad de una teoría política. No es un hecho; es un proceso en que los imprevistos e imponderables —iniciativas y audacias de un pueblo en armas— juegan roles definitivos e inesperados. Se puede hablar de sus etapas concluidas o superadas. Establecer hasta dónde cumplieron, o no cumplieron, con determinada táctica. Pero, al otro lado de eso, lo humano se ríe del tópico; éste, por ancho que sea, y profundo, es siempre un cauce; y una revolución es la vida desbordada.

Para el que ha estado, como el autor de este opúsculo, en plena guerra española, esto debería ser evidente. Es lo que se ve primero; lo que más hondo impresiona. La palabra ni la acción no la dictan ni la viven las directivas de la C.N.T. y la F.A.I. La dice y realiza el pueblo; cada hombre y cada mujer de esas organizaciones. Sus caudillos —y en esta realidad alienta nuestra inquebrantable fe—, sus caudillos logran serlo cuando la revolución se inmoviliza. Por ese tiempo están vivos, actúan y determinan. Mas cuanto aquélla se mueve, marcha, estructura en la

sus estrías hendidas a cortafierrazos, no es científica ni culta. ¡A las marmitas de nuevo, a licuarlas forma y fondo, que ya nos sacarán, con cucharones, para un vaciado más noble! He ahí lo que se desprende de este revisionismo y no otra cosa.

No estamos muy convencidos de que ésa sea la finalidad kropotkiniana; pero, de todas maneras, aun siéndolo, no habría por qué alarmarse. Los hombres se avienen poco a dejar sobre la tierra sus pensamientos dispersos, fuera de una órbita que los contenga y ordene. Eso les parece estéril. Tienden a crear un sistema, a cerrar una parábola, a meter el mundo dentro de un círculo. Es inefable. La vida los contradice, hendiendo, sin tragedias ni violencias, ese redondeo trazado en su superficie. Es lindo.

Kropotkin, finando el ciclo de sus trabajos y luchas y extrayendo de todo ello una conducta o una ética, para decirnos a sus compañeros: así, y solamente así, llegaréis a la Anarquía, es siempre tan respetable. Es Adán, es el Hombre. Pero lo que hay que decir, porque se quiere olvidar, es que él tampoco partió de una cláusula moral, sino de una rebeldía. Pues la santidad se alcanza, pero de la santidad no se parte. Se parte de la injusticia comprobada, revelada a nuestros ojos, con la protesta en el corazón y en la boca. Y por eso es la justicia la savia y la fuerza del anarquismo.

Y no es que también nosotros no admiremos esta cumbre. Ojalá todos pudiéramos, tras el desplazamiento de cuanto hoy nos bestializa —miseria, herencia, falta de serios estudios—, alcanzar ese estado de santos. Logramos en lo mejor que tenemos; que algo bueno tendremos... Precisamente, es en seres de esta altura que flamea nuestra esperanza y nuestro orgullo. Ellos son los ejemplos, las verdades que no nos pueden negar: ¡ahí los tienen; a eso se llega luchando por este ideal que es filosofía y arte, selección intelectual y hasta belleza física!

Pero, antes de eso, ¿qué hay?... Hay la lucha, la tragedia, la monstruosa realidad en que el pueblo se debate. Y hay, sobre todo, el peligro de no verla o, viéndola, no tomarla en cuenta, si nos preocupamos tanto de vernos y servirnos a nosotros. Por eso, entre estos dos extremos: lo alto y lo bajo, la bestia y el ángel, nosotros, militantes, nos quedamos con la acción, adentro del populacho. Y esto será inculto, bárbaro; pero lo otro, en nosotros, sería gazmoño, infame.

Bakunin también pensaba, meses antes de morir, escribir un libro de ética. Hubiera sido, sin duda, una bella obra. Esta clase de trabajos sólo se emprenden después que se ha vuelto el cabo. ¡Y qué itinerario el suyo! Aquel hombre todo impulso y frenesí, pasión y genio, serenado al fin como un lago entre crestas volcánicas, ¡qué solemne espectáculo! El torrente aquietado; la ola de vida sombría y aullante, esclarecida y calma, dejando ver al trasluz de su masa profunda, peñascos negros, arenas de oro, montes de corales, pecesitos de plata...

¿Quién puede ahora imaginar la riqueza en cosas tiernas y graves, dulces y airadas que se llevó a la tumba nuestro titán?... Quizás ahí esté el secreto de esos silenciosos llantos de sus últimos días, sin motivo aparente. El dolor de llevarse ese caudal intacto. Y el no sentir ya en las venas su alegre audacia diabólica para arrancarse la entraña y arrojársela a las gentes: ¡ved, tocado, oled: esto es un revolucionario!

En ese deseo incumplido, en esa nostalgia enorme, también le amamos. Lo amamos hasta en sus lágrimas. Sí; pero después del otro, siempre después del otro: del Bakunin que movió, a puñetazos y gritos, las más pesadas y negras piedras de la injusticia.

¡Bakunin! Su voz fue la primera voz que llegó hasta el fondo de la vida. Puso su boca en la boca de todos los abismos en que la humanidad ha ido rodando: en el crimen, el error, la esclavitud, el vicio. —¡Arriba, en marcha! ¡Justicia, Justicia!— Casi un siglo que viene ascendiendo, pero —¡al fin!— ya está aquí. Son los proletarios; es el proletariado. ¿Qué le decís?...

¿Con qué razones?... Con las que ya apuntamos. —El proletariado no es capaz de la Anarquía. Toma ésta al modo burgués, de desorden, incultura, falta de ética. Y, si no, mirad el mundo, observad qué hacen las masas: se degradan en todas las violaciones, matan y mueren estérilmente. ¿Dónde está el plan y la lógica, la idea anarquista que sature y oriente sus desenfrenos?... Hay que educarlas, instruir las, pero, ante todo, pararlas. ¡Alto el fuego!

¡Advenedizos! El anarquismo no es robo ni crimen ni imposición; ya sabemos. Es un estado de espíritu, una conciencia de ser que determina actitudes dentro de la sociedad, frente a la vida. Nos alza y nos lanza a andar. Y el que tenía cadenas, las rompe. Y el que tiene hambre, come. Y el que se ve impedido de moverse o de comer, roba o mata. Nada tiene que ver la Anarquía con estos hechos, pero tampoco nadie puede negar que el que los ejecute sea anarquista.

Finalmente: protestamos que la Anarquía sea privativa también de la gente culta, como la ciencia, el arte y la sociabilidad, de los Ateneos. ¡Porque no es un privilegio! Si lo fuera, nosotros, frente a los pobres del mundo, obreros o bandidos, seríamos unos vulgares canallitas.

No lo somos. Yo, al menos, no quiero serlo. Y no porque el anarquismo se nutra en mí de lo que yo tenga de ignorante o de violento; porque sea, no más, un modo de articular mis instintos con los de las masas, no. Creo que no. Sino porque pienso, y es lo que aspiro a probar, que esta idea es, por excelencia, proletaria.

La Anarquía tiene raíz proletaria. Su primera razón, el cimiento en que asentamos nuestras posibilidades de vida armoniosa y libre —nuestro ideal sociológico, en una palabra—, es la justicia. ¿Para quién?... ¿Para los fuertes, los ricos, los prepotentes?... No. Para los débiles, los pobres, los esquilados.

La injusticia, sentida y revelada inhumana e inútil, ha hecho de la Anarquía urna milicia: el anarquismo. Rebelión a lo estatuido que aparece en nuestros actos y palabras: ¿por qué?... ¿Por una mayor cultura, una ética superior, una personalidad selecta?... No, tampoco. Eso es aquello que viene en la medida que el pensador o el rebelde se eleva sobre su base, sube las savias del fondo de su ideal nutricio: la justicia. Ésta es la raíz y lo demás son las flores o los frutos.

Y siendo así, ¿de dónde debe esperarse la revolución libertadora o, al menos, prometedora de libertad: de arriba o de abajo, de la ciencia y la cultura, o de las masas que a nada de esto pueden generalmente alzarse, pero, en cambio, pueden, quieren la Justicia, tienen y saben el derecho a conquistarla,... ¡De éstas primero y siempre!

No hay problema. Es decir, no debe haberlo en un asunto que es de simple posición a favor o en contra de la Anarquía. Comprendemos, sin embargo, que haya dudas. Es difícil para un hombre tener el itinerario de ida y vuelta de una idea. La facultad de centrar en el ojo del espíritu el punto y el espacio, la cumbre y el abismo, no es para todos aún, aunque ya lo haya sido para muchos. En general, nadie ve más que lo que pisa, bache o tierra firme, y de eso habla o escribe. De ahí viene el bizantinismo, que es el yo sedentario elevado a cátedra, el ocio mental considerado trabajo. Posturas intelectuales que tal vez nos ganan públicos, pero que indudablemente nos hacen perder de vista al proletariado.

Ahora tenemos los revisionistas. El fracaso ruso, del que devino en todas partes el más sangriento y bárbaro nacionalismo, ha hecho avanzar, sobre el desastre de nuestros cuadros y núcleos, esta premisa bizantina: sin cultura nada. Y *Ética*, de Kropotkin, parece ser que cayó como un pan de trastrigo en las alforjas, ya exhaustas, de cuantos contradecían nuestro anarquismo chusmero, proletario. De esta obra, de la que nosotros seguimos no conociendo las conclusiones, pues el autor la dejó inconclusa, otros han extraído ésta que se nos antoja absolutamente caprichosa: para criar el anarquismo en las masas es necesario, primero, criarnos nosotros una personalidad anarquista... ¡como la de ellos, claro! Nuestra efigie, con sus groseros resaltes y

vida, ellos son muertos que flotan a la deriva, o quedan para pudrirse entre las resacas, de las orillas.

Estas reservas que hacemos a la tesis del trabajo de R. Luzon, no tocan a los informes que el mismo aporta. Son valiosísimos. Eso que él cuenta, y no menos, sino algo más todavía, se ha hecho en dos años de orientación anarquista, bajo la traición y el crimen stalinista-burgués. Son estampas fotográficas. Datos de una veracidad histórica indiscutible.

Pero antes de eso, y después, hay, y habrá para un rato largo, una revolución que no puede ser juzgada desde la retaguardia en que estuvieron, y están, todos sus caudillos. Y Luzon, para juzgarla, se ubica también entre ellos. Habla desde una teoría política al cien por ciento. Y a eso se debe, sin duda, que llegue al fin de su opúsculo, suspirando.

—¿Triunfará C.N.T.-F.A.I.?— se pregunta. Y se contesta—: Esto no depende de ellas, sino de las circunstancias que permitan a los pueblos de otros países desafiar a toda Europa.

“Toda Europa” es el burgués, su banca y su imperialismo. Mas “toda Europa” es también lo que no preocupó a Lenin, ni a Hitler, ni a Mussolini para ir derecho a lo suyo, en contra de “toda Europa”. De preocuparles, de mirar “las circunstancias” que podían serles adversas, aquél habría muerto en Suiza, y éstos estarían ahora en una casa de locos.

¿Triunfará C.N.T.-F.A.I.? Pregunta ociosa. Una cosa es cierta siempre sobre la tierra española: los proletarios no esperan, para lanzarse a la lucha, la orden de sus directivas. (Insistimos en un hecho que Julio y Mayo probaron). Ni la esperarán tampoco cuando, vencido el fascismo, se vuelva a pedir cuenta a sus retaguardias derrotistas. ¿Y si los vencen?... ¡Compañero! Ése es el imponderable o el imprevisto frente al cual no hay más que una posición para nosotros: dentro del pueblo, en medio de la corriente de su vida y sus acciones, llenas también de imprevistos e imponderables. ¿Más claro? ¡Menos politiquería y más comunismo anárquico!

## ANTIFASCISMO

La burguesía es la clase que menos ha resistido al despojo y al desquicio. Todas las otras, de nobles y militares, religiosos y feudales, están todavía aquí, vivas y actuantes, contra su enemigo nato: el proletariado. Sólo ella, que apenas cuenta un siglo de predominio, agoniza de incapacidad y de espanto.

¿Ley histórica? Seguramente, también. Pero, sobre todo, sentencia que venía implícita en su natural parásito. Economía, más que en el orden social, en las bases de la especie. Es ésta que se sacude lo que la roe sin honrarla. El burgués relaja al hombre que, por absurdo que sea, siempre desplaza su acción desde un mínimo de idealismo y de carácter. El no cree en nada; sin sustancia y sin espíritu, su vida está en sus tentáculos.

Cuando se habla —o, si queréis, se hablaba— de nobles y de plebeyos, de sangre azul y de la otra, no se emitan sólo frases. En la mente del bandido o del imbécil, que de ellas hacía pavés, eran una convicción por la que moría o mataba. Y a esa tozudez sincera responde su pervivencia. Ahí están, aquí les veis, como en las remotas épocas, al frente de sus mesnadas. Y así podemos decir: fascismo y antifascismo son otros nombres, no más, de las mismas viejas causas que ahora pelean nuevas gentes.

De esta lucha se excluyó la burguesía. Y no por disconformismo esencial o filosófico, sino por debilidad e indefinición. Su postulado demócrata mima su avidez parásita; pero no engaña a nadie ni satisfizo nunca; repugnó a los dos bandos. Era el tercero en discordia, la vaselina en la máquina, que unos querían romper, y otros ajustar hasta reventarnos. Como tal ha ido al desquicio en Rusia, Alemania, Italia, y ahora en España. No cuenta. Y quererla hacer contar es, más



que mala política, una absoluta carencia de eso de que tanto se habla: sentido de la realidad histórica.

Y he aquí que los bolcheviques pretenden que la contemos. ¿Por qué? Porque *gracias* a los nuestros, que no la pulverizaron, como debieron, ella sigue en el Poder y puede facilitarles esto que, desde la calle, sigue siendo todavía muy peliagudo: copar a un pueblo que lucha por su libertad integral.

¡Claro, también! Ella, cobarde e inepta, se apaña en estos audaces haciéndoles un lugar en sus directivas. Y el resultado ha sido éste que, ahora —¡tarde piaste!—, se nos viene a denunciar: el 50 % de la burocracia aquí es comunista. Agregad que otro 65 %, el de la nafta con que Mussolini mueve sus tanques y sus aviones sobre la tierra española, es ruso. Y tendréis la revelación del móvil de sus Frentes Populares: servirse de los burgueses para aplastar la anarquía.

Y a este juego, ventajeador y tartufo, le llaman, algunos nuestros, antifascismo. Y lo hacen. ¡Lindo!... Si no fuera trágico. Si sólo perdieran ellos su apelativo anarquista. Juegan la revolución. ¡La pierden!

### “EL ESTADO, LA REVOLUCIÓN Y LA GUERRA”

Si nosotros no supiéramos que: a) cuantos colaboraron para afirmar la república, en lugar de emplearse a fondo por la anarquía, fueron a eso convencidos de que “una cosa es la doctrina y otra muy distinta es su posibilidad” en un pueblo amenazado desde todas las fronteras, y aun desde dentro mismo, por las fuerzas reaccionarias, bolcheviques y burguesas; b) si los que tal hicieron tuvieran ahora la más mínima esperanza de una justificación, no frente a los anarquistas, que hay, hubo y habrá siempre muchos que los justifiquen, sino ante el proletariado ibérico, que es quien hizo, y a quien se le deshizo, desde el gobierno, su revolución social, y c) si nuestra estada en España y el contacto personal y militante con algunos de estos hombres no nos hubiera servido para comprender su angustia ante el sacrificio estéril de su anarquismo; nosotros no discutiríamos nada; con Santillán ni con nadie. Sabiéndoles insinceros o insensibles, les dejaríamos de lado.

Pero, no es ésta la cosa, en ningún sentido. No se trata ni de pillos ni de idiotas; de hombres que se echaron la manta atrás o que no comprendan. Sus vidas prueban contra cualquiera sospecha. Todo lo que se quiera decirles, se lo han planteado. Y lo sufren. Para convencernos de esto está también este artículo del director de “Tiempos Nuevos”. Santillán explica lo que ocurrió. Lo explica, porque aún le duele.

“Fuimos al gobierno, dice, porque teníamos una preocupación dominante: poner todos los recursos, todas las energías, todas las posibilidades del país al servicio de la guerra, a la que considerábamos sagrada, por ser una guerra del pueblo contra aquellos que se habían sublevado para reducirlo a una esclavitud peor que la ya sufrida”.

Esto es lo más sabroso de su trabajo. Y éste es también el móvil y el fin de cuantos fueron, no solamente a ministros —¡ay!—, hasta a carceleros. Fueron porque tenían “una preocupación dominante”: ganar la guerra...

¿Pero, estamos en lo mismo de siempre, entonces? Estamos en el '14, cuando Kropotkin, Malato y Grave alegaban, para militar con los aliados contra Alemania, una razón de cultura contra barbarie. ¿Y qué ganamos ganándola? El bolchevismo en Rusia y a Mussolini en Italia. ¿Las democracias?... Ya, ya... A la inglesa o la francesa que son, más aún que las dictaduras, las culpables de que no la ganemos en España.

Y Wágner le contestó: —Señor Alcalde: con la libertad, el arte será más grande; y esa chusma la trae. Consolaos pensando que, si triunfa, los pintores que vengan, de cada bandido de éstos, os podrán pintar un cuadro de más noble y eterna belleza.

Esto cuenta la anécdota, que merece ser cierta, porque lo es filosóficamente. Cuanto a esa revolución, sabéis que fue sofocada, y huyó Wágner y Bakunin cayó preso. ¿Preso de quién?... De los mismos que hoy y siempre gritan y ruegan y hasta se hacen matar defendiendo los museos en que los tiranos guardan sus privilegios. Gentes sin genio revolucionario, pero de indudable talento posibilista. ¡Alcaldes, vaya!

Toda revolución halla a su paso un tipo de hombre que la para o la desvía o, cuando no puede más, la mediatiza. No es el enemigo airado, enhiesto como un peñasco, que se puede destruir o bandear, sino el elástico y sabio banderillero del toro. La entretiene con sus saltos, la enceguece con sus pullas, la hace tocar el vacío, la inutilidad de todas las atropelladas... pero no la mata, no. El que la mata es siempre otro que espera, lejos y oculto, la oportunidad de esta faena. El reaccionario en este caso. No es un canalla descreído ni un adversario de la revolución, tampoco, sino algo peor: su amigo a medias. No la combate en sus fines ni en sus posibilidades para mañana; la discute hoy, negándonos la capacidad a nosotros. Y esto, que es sabio, es también tramposo. Pues que no se sabe más que lo que se hace, el que nos birla la cosa nos deja sin saber nada. Nos hace trampa, ni más ni menos que el banderillero al toro.

Contra este tipo, consciente o no, venimos a protestar. Pensamos que él representa una insidia histórica puesta al servicio de un arribismo igualmente clásico. La Historia es suya, tanto como las revoluciones son de los genios y de las masas. Triunfa en la paz, pero él no es de aquí o de allá, de izquierda o de derecha, sino que en ambos lados tiene intereses, simpatías, raíces. Es un advenedizo. Ha advenido a su actitud o convicción tras de arrancarse del bloque de su clase o de su stirpe. Y puede advenir de arriba o de abajo, ser la flor de una cultura milenaria o el brote de una testarudez apelmazada. Llamarse Anatole France o Benito Mussolini, ser Robespierre o Lenin. Su verdad psicológica e histórica la constituye este denominador: haber trascendido el radio de sus orígenes, situando las soluciones de los humanos conflictos, no en la victoria de una causa sobre otra, sino en las mediatizaciones por el descastamiento de las dos. Y esto, no porque él sea forzosamente un canalla, sino porque él mismo es eo: un descastado.

Si ha advenido de la chusma, trae apetitos y astucia. Y si de la burguesía, escepticismo y terror; no el físico, del cobarde, sino el del equilibrado frente al vehemente, el del control del espíritu frente al desenfreno del instinto. Claro que disimula ambas cosas, lava sus gestos y plancha las proclamas con que le sale al paso a la revolución en marcha.

—¡Alto al fuego y media vuelta!— Y las gentes le obedecen. ¿Por qué?... Inquirid y examinad por qué en Rusia, por ejemplo, Lenin venció de Tolstoy, y en Italia Mussolini de Malatesta. Por una causa que no tiene grandeza ni misterio. Porque, advenido de un bando o de otro, trae lo más decadente o degradado de cada uno: el escepticismo de la libertad, de arriba, o la ambición de mando, de abajo. Eso milita, propaga, contagia. Lo llama sabiduría, experiencia, historia. Y de eso llegan imbuidos, a las plazas y a los gremios, a los motines y a las cátedras, nuestros propios compañeros seudo artistas o seudo sociólogos. Lo han bebido en los cenáculos, en las universidades, en la cultura burguesa. Y ya no son proletarios, que no es decir que no son pobres, sino que no son revolucionarios. Vienen del conocimiento, que es lo estático, y no de una fe, que es lo dinámico; traen imposibles, cuando lo que hay que traer aquí son energías. Y no nos matan, no, pero convencen a muchos —¡a tantos!— de la inutilidad de todas nuestras atropelladas...

¡Ah, no y no! Yo también soy populacho; uno de tantos que el anarquismo ganó para sus peleas. Y yo protesto y yo no retrocedo. Yo me vuelvo y grito al proletariado que huelga o roba, crea o destruye: ¡adelante y adelante! Malos y buenos, los que surgís de un crisol y los que saltáis del fango, todos sois explotados, todos sois víctimas. Y quienes esto no vean o pretendan deteneros, son tiranos o no son revolucionarios. ¡Bandeados! ¡No los oigáis! ¡Adelante!

Pero yo también razono. Mi vehemencia tiene un fondo razonable. Es un convencimiento. Y puesto que no he venido a gritaros qué me irrita, sino qué pienso, voy a decirlo.

Las revoluciones son las genialidades de la Historia. Ésta cuenta por aquéllas, de ellas se nutre y a ellas, en fin, refiere su avance o su retroceso. Antes de ellas, y después, reina la paz; esa despreciable paz, impuesta o aceptada, pero para todos, tiranos o esclavos, trágica.

La revolución la rompe como el genio el error y da suelta a toda clase de fuerzas, cuyo bien o mal social no puede ser medido ni pesado por los metros y balanzas contemporáneos. Pues cualquier ideal que sea tiene un límite, y es el de nuestra propia capacidad intelectual o sensitiva. Esa es nuestra estatura, y no la otra, la física, que nos miden. Sin embargo, por vasta, genial, enorme que pueda ser, hay siempre cosa, sensación o idea que la supera. Ya sentimos, por ejemplo, que la justicia no es todo, ni la libertad tampoco; que más allá de lo justo, que es dar a cada uno lo suyo, recién empieza realmente el dar: cuando nos damos nosotros. Y más allá de ser libres de ir, venir, hacer o deshacer aquí arriba, hay la invisible cadena con que la ley de gravitación nos ata al centro de la tierra. Y más allá y más allá todavía, la vieja y tremenda angustia: no saber qué hay más allá, o saber que no lo sabremos nunca.

¿Quién habla de paz, entonces?... ¿Quién no ve que la tragedia no es la sangre o la barbarie que la Revolución desata o derrama, sino pararse frente a ella, escamotearle el destino y derivarla a futesas de oportunidad o cultura?... ¡Protestamos que puedan ser anarquistas!

Porque el anarquista sabe que las revoluciones son las genialidades de la Historia. Y genial es aquel punto, cerebro o minuto, en que cuajan, maduras, las cosas esenciales de la vida: idea o acción, instinto o sabiduría. La humanidad del genio se corrobora así: en que pueda lo mismo lograrla un hombre que un pueblo, llenar una hora que un siglo. No es cuestión de poco o mucho, de cifra o tiempo, sino de ceñida identidad, como de tuétano a hueso, de hueso a carne y a músculos, con lo que hay de permanente y eterno en los ovarios de la especie: hambre de infinito, furia de ser, no por adaptación, sino contra todo lo que nos niega: en la caverna, la bestia; en la sociedad, el gobierno; y en las revoluciones geniales, los revolucionarios que no tienen más que talento.

¿Quién habla de paz, entonces, u oportunidad o cultura?... ¿Quién tiene el genio aquí, lo esencial de la vida para lanzarla adelante, más allá siempre, más allá todavía: el burgués culto, su doctor o su industrial, su político o su artista, o esta chusma que ahora irrumpe exigiendo lo que, sin duda, apareció exigiendo el primer hombre y caerá exigiendo también el último: el derecho a vivir?... Y ved que ya no lo pide: avanza, atropella, agarra. Porque es genial hasta en eso: ¡Quiere! ¡Puede!

¿Quién la niega?... Ya lo identificaremos. Antes nos parece bien el relato de un suceso que vivió Ricardo Wágner, cuando, en el '48, fue compañero de Bakunin.

Habían ganado, como la Anarquía ahora, para una revolución a las masas, al populacho de Dresden. Orgía de furias y saciedad de apetitos. Pascuas de la canalla. Energúmenos del más chocante pelaje, lanzados en insolente empujón contra todas las puertas que algo guardaban: armas o viandas, trapos u oro, alcohol o arte. Y fue entonces que el horrorizado alcalde de la ciudad pidió hablar con el gran músico. —Señor Wágner, le dijo: como artista que sois, espero que impediréis que esa chusma profane los museos.

Ganar, perder... Muy importante, sin duda; pero no tanto para hacer de ello un problema de vida o muerte. La disyuntiva era otra: ganando desde el gobierno desarmábamos de razón y de eficacia al anarquismo. ¿Para qué, ahora, propagarlo y encenderlo? Con hacernos sus ministros, ya estaba hecho. Un paso más que avanzarais y nos preceptuáis la lucha desde las urnas... Y todo para que no se nos venga la reacción —que no podía venirse, porque en el primer semestre no tenía ni armas ni mercenarios— y nos reduzca a “una esclavitud peor que la ya sufrida”... Y perdiendo con el pueblo —¡que no perdíamos!— ganábamos para siempre la realidad de esa experiencia anarquista en que él empezó a vivir y que vosotros, al afirmar el Estado, quisierais o no quisierais, le saboteabais. Ésta fue la encrucijada en que fracasasteis.

¿Y ahora?... Ahora a volver al anarquismo viejo. Con más conciencia y más fuerza. Y si perdemos... ¡A morir de pie!

\*\*\*

## LOS MÍOS

### BAKUNIN

Bakunin es una masa de vida explotadora al cincel, pensamos. No hay piedra capaz de contenerlo en su esencia. Estallaría del pecho; se le abriría astillada la cabeza.

¿Y el bronce?... El bronce se haría un puñado de fuego, se caldearía como un horno, hasta abrirse. Bakunin es una llama de vida incontenible. Como un grito de la tierra.

¿Comparaciones?... Poned la divinidad de Cristo, la cinta de inmensidad que lo nimba, su fragancia de martirio, y será, cuando mucho, su reverso. ¡Cuando mucho! Frente a frente, talladura a talladura, no tiene igual, nos creemos. Bakunin es como una ola de pueblo, de agua de vida, mesturada de casquijos milenarios, que se quedó estatua en pie. Hombre en el dintel del mundo.

Nadie dijo de él lo justo. Nadie describió su “modo”, su gesto, su musculatura ideal. Se ha dicho: atravesó la Siberia tumbando osos. Escribía como si hachara en un bosque. Castelar, rey del discurso, reculó como un lacayo, al oírlo, de rodillas... Se ha dicho lo que se dice del mar, del viento y del fuego... Pero esculpí eso en piedra, fijadlo en tela, vaciadlo en bronce. Imposible. Se parte, escapa, explosiona. Como un grito de la vida...

Es virtud de la grandeza disasociar las ideas. Bosques, cumbres y llanuras nos vuelan los pensamientos, como sombreros. Vuelan hasta las cabezas. Se sienten a pura carne, en la masa del instinto...

¡Bakunin!... Y vemos osos tumbados, pueblos en marcha, reyes que se le arrodillan. ¡Bakunin!... Y nos vuelan las ideas como sombreros. El cráneo también nos vuela. — ¡Bakunin! ... Y se ve una ola de vida, mesturada de casquijos, que se inmoviliza en Hombre, en Ideal. en grito: ¡Viva la Anarquía!

Grabad, esculpí, pintad la Anarquía, artistas. ¡Es Bakunin!

### RADOWITZKY

La Revolución, como las mujeres, tiene esposos, hombres serios, que la aman y la fecundan; pero su amor, lo que se llama el amor, será siempre de los jóvenes. De estas flores de la vida corona ella sus crenchas alborotadas. Ni el sabio que le da hijos, ni el artista que proclama su ma-

jestuosa belleza, ni el obrero que la defiende peleando, con serle queridos todos por serenos, gentiles y bravos, son amados en la forma que ama ella a la juventud, a los muchachos revolucionarios.

¿Por qué?... Por lo que aman las mujeres: su propio amor ama en ellos. Su primer novio que en el dintel del mundo, joven y bello, murió por ella a manos del primer verdugo. ¡De entonces a hoy, todos los jóvenes que a sus pies deponen el tesoro sagrado y sin precio —su libertad y su sangre— son aquél, son ése!

Y ellos ¿qué aman en ella?... La misma cosa: su propio amor. Interrogadles y veréis que os dicen que apenas si la conocen. Cierta noche, sobre un libro que leían sin entender, vieron su nombre y les pareció lo único allí luminoso; la amaron. Cierta tarde, paseando, les cortó el paso una insurrección del pueblo; a la cabeza iba ella, tal como la habían soñado, severa, trágica, con las pupilas llameantes; la siguieron. Otro día creyeron oír sus voces rugidoras e iracundas a través de los muros de una cárcel; la rondaron. Y, lo mismo que ella a ellos, desde entonces vivieron para invocarla, suscitara, libertarla.

Éste, y no otro, nos carece el misterio de ese amor, secreto lazo irrompible, que ata a los jóvenes a la Revolución. La bomba que ellos arrojan es la voz con que la invocan; el incendio que propagan es la seña que le hacen para que se guíe hasta ellos; y la sangre que gotean sus carnes martirizadas, son las flores que le siembran para que ella las recoja y adorne sus crenchas ásperas. ¿Comprendéis?... Otros la aman como esposos; ellos la aman como novios.

La Revolución de aquí, tiene también su amor fiel: éste es Simón Radowitzky, el niño héroe. Ahora es hombre, pero su corazón anarquista permanece adolescente. ¡Cómo la ama; con qué fuego inextinguible desde su cautiverio de eternas nieves!

¿Y ella? ... ¿Le habrá olvidado?... ¡Ah, revolucionarios, revolucionarios! Hay que erguir la Revolución en la Argentina por la libertad y la vida del primer novio de la Anarquía! ¡Por Simón Radowitzky!

## KURT WILCKENS

Blanco y fino, bañado el rostro en el suave azul de sus ojos. Más que obrero, parece artista. Como él han de ser mañana, que el trabajo no ensucie y deforme, todos los trabajadores.

Nada de trágico, ni un arrebató: ninguna de esas fugas, que a nosotros, latinoamericanos, nos desflecan en ruidos confusos. Ni braceos, ni charlas, ni empaques. Luz serena y firmeza honda de hierro labrado a lima.

Sí. El viejo mineral noble ha debido entrar por mucho en la composición de su espíritu. ¡Hierro! Moléculas terriblemente ceñidas que resisten, sin soltarse, igual la temperatura del polo que de la fragua. ¡Hierro! Lo que el fuego purifica y el agua templada. ¡Hierro! El de mi pluma y su bomba, el del máuser del milico y el de la hoja de la espada de Várela. ¡Hierro!

Sí, sí. Esto es la médula de sus vértebras, el riel por el que conduce su vida Wilckens. Encima de ejes de hierro marcha su carga de ensueños. Ideal e instinto, voluntad y fuerza ritma una sola trepidación sobre los caminos, bajo los cielos, con rumbo a la anarquía.

¿Por qué ha matado este hombre?... ¿Hay todavía que decirlo?... ¿Por qué se tiende sobre el abismo el puente, se dinamita al peñasco, se ultima al lobo?... Explicaos esto, y la muerte de Várela está explicada

A nosotros nos ha lavado el rostro. Triste rostro, que el sudor propio y la saliva ajena enmascaraban de oprobio. Estamos limpios ahora. La claridad de sus ojos baña nuestra alma. El hierro de su espíritu vibra en nuestra sangre.

## ANARQUISMO (1933)

Una idea gana a las masas, solivianta sus instintos y yergue mujeres y hombres para un destino: ser libres. Hubo antes, lógicamente, un pavoroso proceso en que sus propagandistas sufrieron persecuciones, martirios y toda clase de muertes. Pero ¡al fin!, ya está de pie. Para matarla ahora no bastarían todos los asesinos que en el mundo y el recuerdo son. Porque ella hoy vive hasta en los que no han nacido. Y en la salud y en la llaga, y en los que aman y en los que odian. En el hueso de la vida y en el tuétano del hueso. Todo es ella, y donde ella no es, es el vacío.

Como en las selvas, las hojas que se le caen nutren el suelo que la alimenta; las ramas que se le pudren son las debilidades de que se alivia. Lo que le queda es aquello que le sirve para triunfar de la muerte, colgar un nido o envenenar una espina. Cuanto no es esto se lo arrasa la intemperie con sus huracanes de viento, de agua, de nieve.

Son las masas este bosque en que hay de todo, bien y mal, pureza y depravación, bandidos y apóstoles. Mezcla tremenda, pero que es, hasta hoy, la única mezcla en que se han tallado los verdaderos hombres. ¿Los hombres, digo?... Dios y el diablo son cada uno la mitad del otro. Esto sabe el anarquista, y debe mirar hacia ello sin asco y sin cobardía. Lo que empujaba de abajo, ¿qué era?... No eran príncipes ni santos, sino un miserable, obtuso proletariado. Y aquí está ahora, ahí lo tiene, en la mañana de un mundo desconocido e inédito, tal como es, como no podía tampoco dejar de ser. Hambriento y bárbaro. ¡Pero libre!

¡Eh, no sueño, compañeros! Aquel que arroja de sí el prejuicio de la ley, viola la propiedad y la moral y vive como una fiera, sin más freno que la violencia que lo somete, es libre. Libre con la sola libertad que vale y al fin se impone: de adentro afuera, de vida a muerte.

Y aquí está; ése. Huelga o roba, crea o destruye. Suya es la bomba asesina y la plegaria que se alza de ese derrumbe también es suya. Suyo el motín de la cárcel y suya esa biblioteca. Suya esa pareja de enamorados y suya esa prostituta ponzoñosa. Suyo el que piensa y suyo el que acciona. Y el que nada hace, el podrido por todas las inercias, taladrado por los más mordientes vicios, todavía es suyo; es más suyo que de nadie porque es de aquello que cae que se nutre lo que sube.

Y bueno, pues: aquí está. Hambriento, bárbaro, libre. Lo que le dicen los amos ya se sabe. Como que han reproducido de uno a mil, de mil a millones sus altoparlantes macaneadores. Y en la misma proporción, sus severidades inhumanas. Hablan más fuerte y pegan con más, saña. Pero eso a mí no me importa. Lo que yo quiero saber es qué le decís vosotros, sus guías y animadores y sus, hasta ayer no mas, audaces intelectuales. ¿Qué le decís?... Pongo el oído a los cuatro vientos y recojo un solo eco, una suerte de consigna tan insidiosa que no quiero creer que es vuestra. ¡Cómo!... ¿Habéis llamado a la chusma, y ahora le pedís cultura?... ¿Desatasteis tempestades, y ahora suspiráis por calma?... Disteis armas a las masas para ser libres —razón y bomba, coraje y esperanza— y cuando surgen aquí, vastas, pujantes, guerreras, les ordenáis doctoralmente: —“¡Alto el fuego y media vuelta! No sois todavía capaces de vivir en la Anarquía. Volveos a donde estabais y esperadnos que vayamos a educaros...” — ¿Vosotros, vosotros?...

No lo neguéis. Los hechos, las actitudes, las posiciones, hablan para mí más alto que los altoparlantes de los burgueses. Eso es lo que le decís. En esta hora de liquidación de un mundo y eclosión de otro, levantáis la inteligencia —¡la vuestra!— contra su ignorancia; proclamáis la paz —¡la vuestra!— contra su guerra, y agitáis la ciencia —una ciencia de parteras en abortos— contra esta chusma que avanza preñada de libertad a parir en los patíbulos y las barricadas.

servibles y degradados. Con esto en contra del que más sabe: su posición cobarde, su tolerancia podrida es la que perpetúa el mal, la esclavitud y los prejuicios enseñoreados del mundo. Es peor que bestia, porque ha perdido el sentido solidario que nunca muere del todo ni en los más feroces animales.

He dicho por ahí: Todo puede ser conocido y superado, hacérsenos familiar y cotidiano. Ciencias, industrias, artes. Nacen, maduran, caen. Se retoman y vuelven a empezar. No hay novedad, para nadie, a no ser para los advenedizos de la cultura que suponen que con ellos empezó el mundo.

El hombre culto, seriamente culto, está informado. ¡No hay novedad! La parábola del pensamiento humano fue descripta muchas veces en muchos siglos anteriores, la India, Egipto, Grecia, Roma. Empezó en la cárcel y llevó a la cárcel. Describió curvas y rectas, profundidades y perspectivas; todas las cosas, ritmos, matices, delicadezas y torturas caras o necesarias a los poderosos, se realizaron artística y sabiamente. Pero el pueblo siguió esclavo y el rebelde fue encarcelado siempre. ¡No hay novedad!

Y hay novedad, sin embargo. Hay siempre una cosa nueva, eternamente nueva, para el hombre. No se acostumbra a ella; y la reniega y la protesta y la muerde, y tiene razón. Es injusta, absurda, estéril. Esa cosa es el dolor. Siempre le duele, como si fuera él el primero que lo sufre. Y nosotros decimos que el que siente y reacciona contra el dolor, propio o ajeno, más virilmente, más como ante una injusticia, más como frente a una ofensa, ¡ése, sepa leer o no sepa, es el más culto!

¿Qué es la cultura, entonces?... Un permanente sentido de dignidad, una posición alerta contra los ídolos y una actitud solidaria con todos los humillados y perseguidos. ¡Eso es cultura! Después de eso, lo único que hay son grados de conocimiento; más o menos fuerza de alas para volar cerca o lejos; más o menos sagacidad intelectual para profundizar problemas, y, en fin, más o menos dialéctica para exponerlos. Pero todo esto es poco, no vale ni responde a la importancia que se da, a la gloria que pretende, a la irresponsabilidad en que se desenvuelve.

Einstein, genio, creador de teorías cósmicas, es admirable. Pero Einstein, antimilitarista, diciéndole a los pueblos que la guerra es un crimen de los gobiernos, es mucho más, porque sufre y protesta con nosotros. Tolstoy, novelista enorme, crece cuando se aminora para la literatura, porque se yergue contra el Estado y la Iglesia. Y Cristo mismo, profundo y fino poeta, es uno más, uno de tantos, comparado con el Cristo azotador de mercaderes.

¿Qué queréis saber, muchachas y muchachos, obreros pensativos y profesores locuaces?... ¿Qué buscáis por los caminos de la llamada cultura?... ¡Vais a la cárcel! Volveos sobre vosotros; no seáis turistas sobre la tierra, sino buzos de vuestras propias venas. En la sangre que os circula, en vuestras santas reacciones contra toda tiranía, hallaréis la verdadera cultura, que es siempre la semilla de una justicia.

La hallaréis quizás deforme, dura y áspera. Son siglos que nadie la toca, la acaricia, la alumbraba. Le han echado esclavitud, fealdad y miedo encima. No le echéis también vosotros, ahora, palabras. A la luz con ella, como con una piedra o un hierro, contra todos los carceleros de la vida. Hasta para hacerse planta, decía Ghandi, tiene que romperse la semilla. ¡Rompeos, si queréis ser cultos!

Esto es verdad, compañeros. Como es verdad que este Cristo infamado, que es el pueblo argentino, desde su cruz sonríe. Sonríe a Kurt Wilckens.

Por lo demás, burgueses, no creáis que bailemos de contentos. Un hecho de éstos es una cumbre a la que miramos con respeto. Tampoco él estará alegre. La altura es fría y sola. Y un hombre que ama a los hombres, como Kurt Wilckens, sólo entra en ella cuando su deber es más fuerte que su amor, que su vida y que su muerte. ¡Cuando su deber es hierro!

Y allá irá con Radowitzky ahora. Y ya son dos... No hagan los bárbaros —burgueses orangutanes y militares gorilas—, que sean tres o diez o cien. No asesinen alevosamente. No reproduzcan contra este pueblo sin odios, la odisea infamante de Cristo. Pequeña, tardía, anónima, algo de justicia existe. Recuerden a Falcón; piensen en Várela. ¡No olviden a Kurt Wilckens!

## LA MUERTE DE KURT WILCKENS

Y bien; Wilckens, a su vez, fue muerto. Parecería que esto debiera descontarse y que, quizás, él mismo lo descontó desde el primer momento: vida por vida, muerte por muerte. Pues sólo los asesinos, los perdidos en la sombra de su delito, se eluden, muerden y se agazapan, son una sola cosa con la noche de que parten, con la oscuridad a que vuelven. Hay que rastrearlos, como a las víboras, entre las grietas de sus instintos, como a las fieras, entre los matorrales de su conciencia...

Wilckens no era de éstos. Los compañeros saben que este hombre andaba en lo alto; que su mirada azul besaba toda cumbre, que su espíritu era como una pasa prendida a toda altura. Que era bueno, consciente y responsable. Y que lanzado al terrible trance de vengador del pueblo, seguramente, positivamente, descontó que, a su vez, iba a ser muerto.

Sí. Wilckens sabía eso. Todo grande siente la fatalidad como un ave guerrera enredada a sus entrañas. Sabe que, tarde o temprano, lo arrebatará en su vuelo, lo llevará a perderse, a estrellarse, ya a los pies de un tirano, ya sobre una barricada. Y descuenta la muerte.

Wilckens sabía... El que no sabe nada, el que es un pobre inconsciente, es su matador. Viscoso y pequeño, vedlo, ahora, queriendo pasar por loco, alegando torpes alucinaciones. Héroe de los militares, se les transforma de pronto en un vulgar chicanero irresponsable. Echa borda abajo el gesto, la dignidad, hasta el móvil de su crimen y se presenta a sus jueces tornado en un simple idiota. ¡Guardáoslo, señores!

Nuestra historia no precisa ni el recuerdo de ese maula alevoso. Le basta con su muerto, le sobra con su vivo. Kurt Wilckens y Simón Radowitzky. ¡He ahí la medalla grabada a nuestros corazones!

Si el pueblo tiene un rostro, un alma, una voluntad, estos hombres son el pueblo de la Argentina. Por ellos nos conocen y en ellos avanzamos. Juventud y madurez, fervor y pensamiento, ternura y fuerza; parecen uno solo a través de dos edades, la marcha de un ideal a lo largo de los años...

En cuanto a lo demás, Wilckens, como Radowitzky, descontaron la cárcel y la muerte. Fueron grandes. Y toda grandeza es fatal. ¡Adelante!

## MALATESTA

He aquí un hombre que se ha ganado el derecho de hablar a la humanidad, y que esta le oiga. Sin ser un genio, su palabra se autoriza universalmente. Y es que todos saben que un solo interés mueve su lengua en la tribuna, su pluma en el periódico, su pie sobre la tierra: la justicia.

No posee más que el Ideal, y éste le basta para estar en todas partes como en su casa y hablar a todas las gentes como a hermanos. Herrero, deja su lima, rodea a sus camaradas de trabajo y les dice su pensamiento libertario. Vendedor de refrescos en la calle, para su carro, lo trepa y conglera transeúntes para cantarles sus sueños. Fugitivo de la cárcel o la horca, no se esconde para temblar o rectificarse: escribe un folleto, planea una acción, se concentra para un nuevo ataque. Cincuenta años de esta vida han llegado a identificarlo con su palabra. Él es lo que habla: un comunista anárquico. Y viejo y vagabundo y solitario, es grande como la idea que lo alienta, fuerte como el fierro de las armas, joven como el Ideal.

Y no es un santón ni un ídolo. Nadie le ve apareciendo entre astros, rodeado de resplandores, sobre una cumbre. Es más veraz que todo eso y más efectivo. Es un compañero de los hombres. Es el compañero Malatesta.

Y ved todavía, qué raro... Todo aquello que desvela y desvive a los caudillos, a él no le inquieta. Es un jefe sin soldados y sin táctica, para quien no hay victorias ni derrotas; para el que todo es una sola batalla... Sale de su suburbio de Londres, o del cuarto del camarada de Ancona, o del barco que le trae de una excursión por América, y dice lo que debe decir, en cualquier calle y a cualquier hora: ¡comunismo anárquico! Y esto le basta para arrebatárselos a los tiranos y a los canallas sus multitudes embaucadas.

Ésta es su obra y él mismo es esto: un hombre que alza la visión del pueblo y que aparece siempre apuntando al ideal más alto. La humanidad lo ve. Los revolucionarios le amamos.

En estos últimos tiempos, Malatesta ha caído a Italia. Vuelve indultado, septuagenario, pobre. Llega en momentos de triunfos bolcheviques y de derrotas burguesas. Podría callar, retirarse, hacerse a un tibio rincón para morir en paz... ¡Ha peleado tanto!

¡Pero, no, no! ¿No veis que es Marx, el calumniador infame, su táctica dictadora, el socialismo de Estado, lo que amenaza imponerse?... ¡Hay que luchar todavía! ... Y ahí está luchando, luchando por el comunismo anárquico.

¡Gran viejo nuestro! ¡Compañero de los hombres! ¡Compañero Malatesta!

## KROPOTKIN

Generalmente, se ha tachado al anarquismo de no tener una filosofía. Un anarquista, así fuera un Bakunin, un Reclus o un Malatesta, ha sido siempre visto, más que como hombre que mueve ideas, desata fuerzas espirituales, pone de pie realidades hasta su llegada inéditas, y todo ello con un fin dentro de su concepción de la vida, como un simple rebelde, inquieto y romántico. En general, como poco serio para ser sabio, parcialmente informado para sociólogo y, sobre todo, excesivo, harto excesivo en sus amores o sus odios para ser comprendido en la categoría de los filósofos.

Sin negarles el genio o la bondad o la audacia, se les ha colocado en fila con los ilusos, resplandecientes pero dispersos, poderosos por esencias pero estériles e ineptos como sistematizadores. Se ha dicho de ellos lo que podría decirse del árbol que se carga de frutos, pero que no entiende de su clasificación en el catálogo; del ave que llena el aire de notas, pero que es incapaz de ordenarlas en el pentagrama. No tiene mostrador, no tiene música, no tiene filosofía, en una palabra.

Y esto, dicho hasta el cansancio, y desde todas las cátedras, por esos sapos con anteojos que son los sabios oficiales, ha sido coreado luego, y desde todas las charcas de la literatura oficiosa, por los filosofastros alquilones: periodistas, pedagogos, diletantes. Más aún: ha hecho cantar a los propios nuestros, anarquistas, una palinodia entrecortada de hipos: ¡ay, no tenemos filosofía! ¡Hay que hacer filosofía!

distinguen del mortal común como una fuente que mana agua de la tierra, de un aljibe que la recibe del cielo. No piden. Dan. Rechazan todo lo externo porque sienten en sí la originalidad poderosa de un cuño propio, cuyo fuerte y limpio aflore marca en la vida una superior o, al menos, una distinta cultura. Su trabajo entre los hombres no es absorber o discernir conocimientos, sino el trabajo que hace el terrón cuando, sin que lo roturen o lo siembren, alumbró una flor o pare un peñasco. ¿Qué haríais con ellos que valga más que lo que ya tienen, traen, destacan?... ¿Combatirlos, rasarlos, mandarlos a la escuela?... ¡Vamos!

Cultura, cultura... Demos también por buena la que exaltáis desde todas las cátedras, oficiales u oficiosa?, y decidnos y probadnos que ella alcanza al mayor número, que penetra en las masas. ¿Movéis con ella a los pueblos hacia una rebelión, no de tapas y de letras, sino de fondo humano, hacia la justicia? ¡Nunca! No podéis enseñar más que aquello que le conviene al Estado, aun allí donde decidís ir a su disolución, como en Rusia. Esperar a hacerse cultos es perder la esperanza.

Cultura, cultura... ¿Cuál?... ¿Aquella europeizante, imbuida de Enciclopedia, que Rivadavia y Alberdi, Sarmiento y Mitre injertaron en la cepa criolla, o la que hoy, por prurito fanfarrón y novelero, garabatean los hijos de los patrones de estancia?... ¿Cuál?... ¿La científica, al servicio de la industria, o la industrial, al servicio del Estado?... ¿Cuál?... ¿La que Marx ubica en la “superestructura” de toda vida social, o la que Spengler rastrea en las razas blancas, y sólo en éstas?... ¿Cuál?...

La Mistral, de cuya obra soy devoto, por la descarnada raíz de dolor indígena con que la trenza y la tiñe, ha dicho que América está esperando su Dostoiewsky. Ella ve sólo el ángulo literario de este asunto. Lo que el hombre de la tierra espera —indio, gaucho o gringo— no es quien escudriñe su alma, sino quien, con puños de hierro y orientación libertaria, lo alce de su esclavitud y lo lance a la pelea. No un literato, sino un revolucionario.

La fuerza está abajo; arriba está la política. La cultura es de señores; la filosofía es del pueblo. Sepamos esto bien y de una vez para siempre, compañeros. Miremos un poco más al obrero, y un poco menos al catedrático; éste sabe, pero aquél vive. Hay una nueva plástica, una nueva ética, una cultura nueva, sabrosa y virgen, en la tarea del hombre tosco, sucio e inédito que cava un pozo, labra un umbral, saca de un tronco una cuna. Él no lo sabe tampoco, pero debemos saberlo nosotros. Y no lo sabe, no porque sea menos, o sea inculto, sino porque está lleno, hasta no tener lugar para otra cosa, de fecundidad, de empuje, de testarudez trabajadora.

Se habla de la cultura como del único medio para salir del pantano en que nos han metido cuerpo y alma los burgueses. Aprender a leer, aprender a discernir y, sobre todo, aprender a escuchar, con pasividad bovina, a los doctores. Y yo digo, y no se asombren los que oyen, que antes de haber en el mundo tantas y tan copiosas extensiones culturales, maduraban en la tierra hombres de más profunda cultura que los que hoy nos atiborran y empachan. No conocerían Derecho, no sabrían Historia, no serían literatos ni profesores, pero han llegado a nosotros rezumando originalidad, genio y audacia. Esta maravilla se explica fácil: fueron seres rebeldes, por conciencia, y no por inconsciencia, a las limitaciones que, fatalmente, cierra sobre toda vida el libro, la ley, el ídolo. Fueron ellos, y dijeron lo suyo, y no lo que el Estado o la tribu, el rey o el código quiso.

Y ya termino. Saber es bien, pero no es todo, sino algo menos de la mitad de lo que se cree. Por el conocimiento solo, en sus aspectos más varios, vastos y agudos, se puede llegar a sabio y no mover una brizna de la opresión que a todos nos aplasta. La sabiduría no es moral ni inmoral, conservadora ni revolucionaria. Es el hombre, con su actitud, devenida de su sensibilidad o insensibilidad frente al dolor humano, el que la ennoblece o la degrada. En este punto, pues, no vale más el sabio que el ignorante. Si no reaccionan revolucionariamente, son lo mismo de in-

bre loco que pide la luna. Su lema es: ningún tirano; ni de arriba, ni de abajo. —¡Qué chiflado!— Pero, mientras sus gritos, conspiraciones y arremetidas, mueven, minan, debilitan el poder presente, es también eficaz. Y se lo reconocen. Los políticos de la oposición lo aclaman, lo adulan, lo ayudan. Hasta que el viejo régimen se viene al suelo. ¡Un poema!... La tragedia viene luego, cuando asumen el mando sus aliados de la víspera y con torniquetes aún más duros, porque son más nuevos, truncan y despedazan a enemigos y amigos. Para salvar la revolución, según dicen. Pero el Quijote ve que eso no es cierto, o que es, no más, el retoñar, tras la poda, de la eterna tiranía contra la que él ha empeñado su destino. Y grita, otra vez, conspira, y marcha, codo con codo, con todos los perseguidos, al asalto y destrucción de aquel flamante Estado... Para Lunacharsky y los comunistas, éste es un contrarrevolucionario, un iluso o un tonto. Para nosotros, éste es el hombre culto, el solo culto, porque vive en la viva angustia de ser libre, y ha afirmado su causa abajo, en el pueblo, contra todo gobierno, rojo o negro.

Pero el nuevo Poder, ¿qué hace entretanto?... Primero lo aconseja, después lo encarcela y, al fin, termina poniéndolo en la frontera con un beso en la frente... Ésta es la obra del excomisario ruso, en la que, como veis, no se cuida de ocultar que los bolcheviques, además de traidores, son también cínicos. Porque ese beso que allá no le dan al anarquista sino con plomo en la calle o con el labio yerto de los hielos de Siberia, aunque se lo diesen ellos con el alma, sería siempre el beso de Judas.

Andreiew, el genio eslavo, para mí la cima literaria que han batido más vientos de dudas y certidumbres, tiene asimismo un relato titulado *Judas*. He aquí igualmente una rápida síntesis.

Judas, tuerto, deforme, pelirrojo, horrible, quiere salvar su alma, presa de mil angustias, y se suma a Jesús y sus discípulos. Es inteligente, sagaz y fuerte; sabe la ley y conoce el sendero. Pero sus bajas pasiones, de que sus deformidades físicas son el reflejo, le impiden ser recto, virtuoso, bueno. E idealiza en Jesús al ser perfecto, puro y severo, señor de todas las tentaciones. Y va hacia Él. Y he aquí que, apenas se le aproxima, todo cuanto poseía —ciencia, experiencia, potencia— ya no le sirve. Su ídolo rebasa todas sus medidas. No puede asirlo, concretarlo, comprenderlo. Porque Jesús es la vida, es el espíritu, es la llama que tanto rastrea como sube, quema como ilumina. Es un hombre contradictorio y genial, y Judas quería un dios hecho a su imagen y semejanza. Estático... Para que le castigue, le roba... Y Jesús le hace administrador de su andariega colonia... Para que le desprecie, le miente... Y Jesús extrae verdad de sus mentiras... Para que lo expulse, lo calumnia... Y Jesús le sonrío, lo ata a sus pies con una sonrisa... Y cuando los mendigos que les siguen piden y no hay qué darles, una mujer del pueblo, de discutida moral, vuelca sobre los cabellos del Salvador un pomo de esencias riquísimas; una fortuna. Y Jesús lo permite y la bendice... ¡No comprende, no comprende! Y lo vende y lo entrega a la muerte, no por odio —la prueba es que luego se ahorca—, sino por incomprensión de pequeño a grande, de sectario a genio, de cultura letrada y muerta a cultura viva y dinámica.

Y en fin, para terminar con los ejemplos que revelan y destacan las dos culturas que se enfrentan y se chocan en la vida, voy a citar todavía —y ya no más—, otro libro de más reciente data: *El Hijo del Hombre*, de Ludwig. Es un enfoque maestro, plástico y subjetivo, de la Judea contemporánea de Cristo. En él se mueve y actúa el carpintero judío, no ya como un hombre culto, exegeta de la ley y de la historia, sino como lógicamente, de existir, debió haber sido: como un obrero poseído por un ideal de justicia; como un obrero de estos que los estudiantes y los doctores toman para sus... bromas. Un iletrado, en suma, como cualquier machacador de fierros o limpiador de cloacas.

Y en esto del iletrado hay también un problema, cuya solución no puede darla, porque ni se la imagina, ningún adocenado catedrático. Hay iletrados por capacidad, y no por incapacidad; por plenitud y no por vacío. Son virtualmente completos. El que no sea ciego puede verlos. Se

¡Tenemos filosofía! ¡No hay que hacer filosofía! Como en política, la asociación de los hombres primitivos obedeció a un principio de defensa, en moral obedeció a una inclinación de sus espíritus. Y toda, toda la lucha del anarquista, desde que surgió a rugir y conspirar en la tierra hasta hoy, no ha tenido otro objeto que probar eso, frente a los que eso niegan y en la negación amparan la desigualdad, el crimen y el robo: que hay una ciencia inmanente de la vida, férvida y militante, que tiende en cada ser a mayor bien propio y a menor sacrificio del prójimo. Y que tanto como está este sentido de la justicia desarrollado en nosotros, somos filósofos, tenemos una filosofía.

Kropotkin es un ejemplo de esto, pleno y jugoso. Se lee y se lee, y lo solo que de él queda, a través del farragoso mundo de citas, comprobaciones y datos que aporta, es su amor a la vida, su comprensión, lejos de dogmas, sistemas y doctrinas, del destino del hombre. ¡Qué bueno es, cuánto bien hace! De su cerebro, como de la presencia de una mujer hermosa o de un acto heroico, vuela el entusiasmo, bajo un río de sonrisas. Nos baña y nos inflama. Y comprendemos, al fin, aquel grito de Gorki ante Tolstoy: ¡Venid a ver qué ser más radiante y más fuerte ha nacido en la Tierra!

¿Y no es filósofo?... ¿Y no tiene una filosofía?... ¡Atrás, sapos con anteojos, cantores de palinodias gangosas! Es la vida y tiene el ideal que de ella brota: ¡la Anarquía!

## RAFAEL BARRET

Hay un momento inefable en un relato de Wágner sobre sus relaciones con Bakunin. Fue una noche en su cuarto. El gran oso conversador y andariego estaba planeando una campaña anarquista. Con su talla tamaña, la garra crispada y la palabra golpeando las paredes y el techo, tranquea tras sus proyectos, como un domador en una jaula, tras una fiera que le huye. Los grita, los acorrala, los hace rugir. Y, de pronto, enmudece, suspenso. ¿Qué ocurre?... Es que nota que su oyente parpadea; que la llama de la lámpara le está quemando los ojos...

Y el relato continúa: Bakunin habló hasta el alba; hizo punto con el sol. Pero, con la mano izquierda puesta como pantalla sobre aquel foco de luz que hería a su amigo... Y así es como pudo Wágner oírle horas y horas, sin parpadear, esa noche. Y contarle años después, para hacernos parpadear de una tierna emoción a nosotros...

No es pura garra la anarquía. Corazón por medio, tiene también una mano blanca, piadosa, fraterna. Barrett fue la ternura de Bakunin.

Pero no fue un cristiano. Ninguna bravura nuestra le arrodilló el pensamiento o le dictó un reproche amargo. No fue esclavo ni de la misericordia ni del miedo.

Fue un señor siempre, y de todo. Señor de la idea y del arte. Señor del coraje alegre y de la voladora esperanza. Si velaba el resplandor de un incendio, o ponía sordina a un estampido anarquista, era para dirigir sus llamas a las raíces del mal o por mejor destacar su belleza o su justicia. En voz baja, a media luz... Fue el otro tono de la anarquía.

Leer a Barrett es como entrar a su cuarto, sentarse y oírle. Intimidad sin pose. Sabe bien todo, y se expide sin esfuerzo. Pero sabiendo tanto, más que enseñar, revela. No es dómine, sino apóstol. Dueño de su pensamiento, como de un barco hecho a todas las borrascas, no os conduce a su bodega, sino a su proa; no a lo que pesa en él y lo lastra, sino a lo que en él se afila y se hunde en las negras olas. Ése fue su arte.

Su filosofía, él lo ha dicho: es la actitud de un hombre que confiesa sus entrañas; que retrata la marcha de su firmamento interno. Pero tan fiel y tan antidoctoralmente que nadie, como no sea un irredimible esclavo, puede llamarle maestro. Hay que llamarle hermano.

Como a Bakunin no se le podría llamar sino compañero. Éste, con veinte contradicciones, tallaba una afirmación filuda y poderosa. Él, con el hecho más parvo, el más somero accidente, sugería veinte caminos hacia otras tantas bellezas dulces y absortas. Fue su otra mano: tanto como aquella fuerte, la suya fina; sabia, tanto como aquella grande; atizadora tenaz, pero de otras llamas que las negras y rojas de las revueltas; de las azules y frescas de la esperanza.

Trabajamos afuera; él trabajaba adentro. Vemos los frutos podridos; él veía también las raíces enfermas. Por eso, mientras nosotros poblamos la superficie de blasfemias y canciones, él jadea abajo, lívido y pensativo. Pero cuando la marea de justicia que empujamos, se hincha contra una muralla, la abrasa con un incendio o la vuela de un bombazo; cuando, en fin, aparecemos señores del entrevero o el sacrificio, él no se esconde o nos niega; se yergue y se responsabiliza, señor de cualquier peligro. A nuestro lado, corazón por medio. Fue la otra mano de la anarquía.

\*\*\*

## DE USHUAIA

### EL CENTINELA

El centinela, en Ushuaia, es un máuser con un dedo en el gatillo. Una puntería que no acaba de afinarse. Un fusilador que os mete, antes que su balazo en el pecho, su intención fusiladora en el alma.

Se apodera de su víctima en el puerto. De aquel primer desconcierto, que fue tu primer porrazo, te sacó él, te alzó, apuntándote. -¡Marche!- Y tras de ti marchó el fusil gatillado.

Después... Todo trabajo se aguanta. Romper piedras, hachear troncos, abrir vías en la nieve, se aguanta. Los insultos del guardián, el silencio que te impone y ese mortal ritmo idiota de toda labor forzada, se aguantan. El hombre es duro, y aguanta. Lo inaguantable, hasta hacerse una obsesión de gritar, es él; él acañonado a tu vida, a tu nuca o a tu frente. ¿Cuándo te descerraja?...

Esto es lo que nunca sabes, ni él, el centinela, seguramente, tampoco. Porque conviene aclarar que no se trata de un monstruo, de frío esbirro. Es un concripto. Mas nada tienen que ver sus jubilosos veinte años con tu angustia ni su crimen. Podría matarte y seguir pensando en su novia. Él no es su máuser; está tan lejos, humanamente, de ti, como el mismo gatillo que acaricia.

Y eso es lo trágico. Y esas es la técnica: tenerte sobre un abismo sostenido por un dedo. Un dedo que puede también cansarse, distraerse y apretar. ¿Cuándo?...

¿Y siempre así?... ¡Siempre! Hasta la asqueante letrina donde la puerta cortada transversalmente, deja tu rostro en la línea de su fusil gatillado.

Te recibí y te tuvo ahí; mas, por fin, llegó la hora de que te largue. Y entonces te lleva al puerto, como te trajo del puerto. -¡Marche!- Y marcha. Marcha, pero sin volverte, ni cuando estés en el barco, mientras se divise Ushuaia; pues, si te vuelves, verás sobre el blanco de la playa un punto oscuro que sube o baja, según las olas bajen la nave, o la suban. Es él: te sigue apuntando...

cho. Su gran acierto es que la asentó sobre el proletariado, al que prometió justicia. Fue en esa ancha y firme base, sobre músculos de obreros, campesinos y soldados, que irguió su revolución. Miró al fondo del problema, no a su superficie; unió a los hombres abajo, no arriba: en la incultura, no en la cultura. Y a todos los profesores y estudiantes, sabios o literatos, o los mandó a curarse al extranjero, como a Gorky, o los amontonó en las cárceles de su flamante Estado socialista.

(¡Un momento! La comprobación de un hecho no implica aceptarlo en sí ni en sus consecuencias. Destaco éste de Lenin al solo fin de probar que el que quiere fundar regímenes o destruirlos, deshacer viejas cosas o hacerlas nuevas, tendrá siempre que apoyarse en gentes vírgenes de manoseos culturales. Ahí está la fuerza eficaz y también, ¡ay!, el eterno mesianismo. Él sabía esto y lo aprovechó como dictador. Captó la onda emocional que soliviantaba al pueblo y, en vez de impulsarla al frente, al porvenir sin amos, la desvió de la derecha a la izquierda. Le pintó de rojo el ídolo negro. En lugar de “Derechos” le preceptuó “Dialéctica”. Y así tuvimos después una revolución de palabras; una revolución de palabras que traducidas a espíritu y a posición humana, dice lo mismo que la Francesa: culto, cultura, servicio. El hombre arrodillado).

Y movamos, ahora, el tema, como se mueve un peñasco para ver qué hay bajo de él. Jamás el culturalista comprendió al genio. Siempre fue su opositor o su carcelero. Y en los mejores casos, fue su parásito.

Hay una hermosa novela de Petruccelli della Catina, titulada *Las memorias de Judas*. Novela, he dicho, y no historia, lo cual no obsta que revele una actitud que, por ser de todos los tiempos, es también histórica.

Según ella, Judas no fue el traidor de Jesús, sino su protector, su Mecenas. Era un político de grandes ambiciones, un patriota judío al cien por cien. Aspiraba, como toda su raza sometida al dominio romano, a la liberación de Judea. Pero, demasiado culto, con esa mutilación de la audacia característica en quien ha sido manipulado por la cultura, no podía ser un caudillo, un conductor de masas. Mas era rico, y su instinto judaizante le hizo creer que podía comprarse también eso.

Era época, en esa tierra, de santones, predestinados, mesías. La paseó al ancho y al largo buscando entre éstos aquel que le conviniera. Y halló a Jesús. Fina sensibilidad, parabólica y mesiánica. Con sus dineros, que volcó sin tasa en las bolsas de Jesús y sus secuaces, se dieron éstos a recorrer su patria y sublevar las gentes. Pero no se nombra a dios en vano, como se dice. El instrumento, sectario y físico, con el que Judas pensaba golpear a Roma, empezó a trocarse en alma, a hacerse espíritu y a imbuirse de la misión redentora de un verdadero Cristo. Se le escapó de las manos para tomar en las propias la dirección de su vida. Y con ella irguió a su pueblo, ya no políticamente, contra el César, sino contra todos los que manchaban el templo, lapidaban el amor, escarnecían la justicia. Contra los sacerdotes, los poderosos, los fariseos... Terminó, como sabéis, escarnecido y crucificado por romanos y judíos, por los hombres de la ley y de la cruz, por los sabios de la sinagoga y los sabios del código. ¡Por la cultura, en una palabra!... Y sin embargo, señores, de Judas y de los crucificadores, ¿qué ha llegado hasta nosotros?... Fanatismo y oprobio, y nada más. Mientras que de aquel carpintero, parabolista y rebelde, sigue fluyendo un oleaje de ternura que todavía hermosea, con la persistencia cósmica de una flor de la vida, la tierra dura, ensangrentada y triste...

Lunacharky, excomisario de la educación en Rusia, quizás remordido por las infames persecuciones de que allí son víctimas los anarquistas, estrenó en Alemania, hace ya tiempo, una comedia que quiere ser una justificación. *El Caballero de la Triste Figura* se titula. El Quijote, como comprenderéis. Este Quijote simboliza el sentido de la revolución por la libertad, la revolución eterna e insobornable, latente en Rusia y en todas partes. Es un iluso, según el autor, un po-

Y así hubo sobre la tierra un dios más nuevo: el Estado; un sacerdote más insidioso: el juez; una biblia más científica: el código; y un templo más sombrío y de paredes más sólidas: la cárcel. Y lo mismo que aquel otro templo griego del que se dice que, a través de todas sus puertas, subterráneos y escaleras, caminando atrás o al frente, abajo o arriba, se iba a parar al altar, en este mundo burgués todos los caminos llevan a la cárcel. Pero, entre todos, hay uno que, por lo ancho y soleado y por las gentes que por él transitan —muchachas y muchachos, obreros pensativos y profesores locuaces— parecería que lleva a la libertad. ¡Y es mentira! También lleva a la cárcel. Es la cultura. Lleva a la cárcel. Cultivándose en sus aulas, recorriéndola en todas sus direcciones, profundidades y perspectivas, se podrá llegar a sabio o tonto, a conservador o comunista, pero a hombre libre nunca.

Esta afirmación que hago, de plano y en redondo, precisa ser abonada con ejemplos para que no se tome por una temeridad. Si digo que la cultura lleva a la cárcel, se sobreentiende que la incultura lleva a la libertad. Y agrego más: hay una sola manera de saber algo del hombre, su dignidad y su valor, y es no queriendo saber nada de lo que de él se ha escrito hasta ahora y empezando a saber algo de lo que hasta hoy no se ha dicho nada. Apartando los libros, para entrar en su sangre. Buscando a través de él una cultura nueva, opuesta y negadora de la cultura vieja. Es lo que intentaremos.

La hasta hoy llamada cultura es una mutilación y no un robustecimiento de nuestra naturaleza. Por eso es que el tipo culto de extracción burguesa piensa la mitad de la mitad de todo pensamiento. Piensa una cuarta parte. Y así procede también, y así se ubica frente a cualquier problema, político o religioso. Por ejemplo, ante la guerra. El odio a la guerra es como un refrán en la burguesía, en sus profesores liberales y en su estudiantado de la extrema izquierda. —¡Abajo la guerra!— Pero de un burgués no haréis nunca un antimilitarista, sino un pacifista apenas. Él quiere la paz, porque la guerra, o no es negocio o es un peligro de muerte para él o los suyos. Y ante estos riesgos, él se inflama de fervor pacificante. —¡Abajo la guerra!— Y lee un libro de Barbusse o de Remarque y pone el grito en el cielo. —¡Abajo la guerra!— Y envía sus diputados a que voten millones para el ejército que le guarda la paz en las fronteras, en las calles y en los campos, en las fábricas y en las cárceles. —¡Abajo la guerra!

He ahí la mitad de la mitad, la cuarta parte, de una cultura humana. Pide la paz que proteja su natural cobarde o sus intereses de ladrón del pueblo. Quiere la paz para seguir burgués.

El antimilitarismo es otra cosa. Es la cultura completa. Es el repudio al sable, y a quien lo forja, aunque sea un obrero, y a quien lo esgrima, aunque sea un hermano, y a quien lo afile, que es el burgués siempre. Y más abajo aún: a quien de él saca ventajas contra los pueblos, que es el Estado.

Y aquí conviene aclarar otro punto: ¿qué problema se plantea la cultura —y ya habréis ido notando que, para mí, cultura no es instrucción ni conocimiento, sino sensibilidad y conciencia— frente a la guerra, no ya de pueblo a pueblo, sino de clase a clase, de casa a casa?... ¿El problema del Derecho, el de la libertad, o el de la justicia?... El problema del Derecho tiene su solución en el Estado; el de la libertad, en la ética, mas con todos los matices que involucra la capacidad de cada uno para ser libre; el de la justicia, en la tierra, es decir, en el derecho y la libertad que todo hombre tiene a tomar posesión de la parte de suelo que necesite —eso y no más— con sus productos y sus posibilidades. Los dos problemas primeros son la mitad del problema y son los que el burgués culto se plantea. El problema completo se contiene en el último y es el que solucionamos nosotros en el comunismo anárquico.

Lenin, dictador de Rusia y técnico del marxismo, era, sin duda, un gran talento político. No era un idealista ni un romántico, sino un hombre de acción. Un solo dato basta para demostrarlo. No asentó la palanca removedora del podrido régimen zarista ni en la libertad ni en el Dere-

## EL CUCHILLO

Gauchos, y de armas llevar, eran todos -o habían sido- los pupilos del Presidio Militar. Hombres caídos allí por delitos de indisciplina o audacia. Pero más en su ser ahora, como rebeldes vencidos, que cuando, como milicos, los mandaban a vencer las rebeliones del pueblo.

El hábito les lloraba. Las cabezas y los hocicos al ras, daban la sensación de una ausencia: las barbas y las melenas. Y con yo no sé que suerte de rencor o de bochorno arrinconados en los ojos: cual si todavía sintieran en el medio de las “aspas” el sablazo de la ley que les desarmó la vida. Cuchillos rotos...

La diana nos voló el sueño como un sombrero. Pasaba rejas adentro, nos metía bajo las mantas sus grito. - ¡Arriba, arriba!- Y tiritando, aturridos, saltamos para vestirnos. Ya listos, formamos de dos en fondo frente a la guardia. Requisa, numeración, media vuelta. -¡Al monte! ¡March!...

Fue entretanto, en lo que duró esa práctica que vi a aquel hombre. -¡Eh, che, Taitá!- y le di un codazo al más viejo de los presos. -¿Quién es ese? ¿Viene o sale?

-Ese... Aura te digo. Callate. Vamos.

Me volví para observarlo, él seguía en el mismo sitio, inmóvil. Parecía un poste; una talla de ñandubay; una figura en un palo, en la que se había esculpido, con el genio del creador, el filo de su herramienta. Pensé que, si lo golpearan, sonaría a acero.

¿De dónde saltó aquí?... Ya va para un mes que estamos en el Presidio, y nadie me habló de él, ni lo he visto. Y ahora, de pronto, aparece, seco, empacado y vibrante, como si se desnudara de una cintura...

-¡A ver, Taitá, por favor! ¿Me vas a decir quién es?... ¡Hombre rogado!...

El Taitá se concentró. Su rostro color de barro, flácido y turbio, se hizo un cascote. Enhebraba sus recuerdos. Luego empezó a repararlos, como un rosario.

“Ése”, era el viejo Ramírez, de los “fundadores” del Presidio Militar, cuando éste, antes de la sublevación estaba en “La Isla”. Había hecho treinta años ya, y le quedaban a hacer dos tiempos indeterminados. Dos vidas más... Pero se iba. El jefe había conseguido -¡al fin!- lo que tantos gestionaron todos sus antecesores: sacarlo, echarlo afuera, en libertad, indultarlo. ¡Malhaya!

Ahora hacía como tres años que estaba engrillado siempre, solo en su celda, a cadena. Pero, ni así. Lo mismo era el centro, el filo, la punta de los motines. Su voz, sus gestos, sus ojos, horadaban los tabiques dando órdenes de pelea. Les hacía blandir las uñas, como cuchillos hasta los más infelices.

No quiso trabajar nunca. Par él no se habían escrito los reglamentos, ni con sangre le entraban las disciplinas. Era un harnero su pecho, de los balazos, y su cara un palo hacheado. Todo inútil. Herirlo era darle temple. Salía de los castigos más duros como un hierro de los dientes de una lima: siempre más nuevos. Por eso lo echaban ahora. ¡Malhaya!

-Hombre, mejor para él. No veo porque te disgusta su libertad. ¡Envidioso!

-¡No seas bagual! Comprendé... Ése era el acero nuestro. Con él aquí hasta engrillao, a cadena, como un perro, había siempre una voluntad orejana; un fierro desnudo y listo. Ahura, ido... Pero, ¿no ves los muchachos?...

Miré. Por el camino nevado, les huía el piso, como un arroyo. Flotaban, al parecer, vacíos, huecos, ausentes de su alma gaucha. Cuchillos rotos.



## JESUS MOREIRA

Era alto, y parecía más, porque todo en él era empinado: la frente, el pecho, el andar. Vibraba vitalidad como un animal de guerra. Imaginad a Moreira -Moreira el de la leyenda-, pero allá, en Ushuaia y preso.

Había nacido en corriente. De este origen guardaba aún, como un perfume en un frasco, el decir lento y dulzón. Su lengua ruda mecía las palabras como una hamaca. Y al terminar los períodos, gemíanle en la garganta no sé qué espasmos; se le enmarañaba el rostro de cicatrices, y de ahí, de entre esa maraña, lo espían a uno sus ojos, de luz fría e inamovible, como los de los felinos.

Un lindo animal de guerra... que se había empeñado en ser un buen animal de paz. Por que ésta era su tragedia; el vía crucis que repechaba el “28”: quería ser bueno; domar su agresiva bestia, allí, donde todo y todos -la ley, sus ejecutores y los propios compañeros- la desafiaban y la azuzaban. Y así vivía, agonizando en la lucha de su alma con sus instintos; como un domador enjaulado con un tigre. Doloroso cuerpo a cuerpo, en que la fiera caía, cansada, al fin, pero nunca completamente vencida...

No sé si era este espectáculo, que trascendía de su vida, como un lampo de otra vida, o si era algo más concreto: su varonil salto al medio de todo malentendido, parando insultos o hachazos, lo que le daba prestigio. Pero ante cualquier desmán de que se le hiciera víctima, no había más que un comentario. -¡Sabrá ese zaino, al hombre que ha castigao!... -Y este aparte, cuando la gresca era entre ellos. -L'iba a hundir l'hacha hasta el ojo, pero estaba él... -¿El “28”?... -¡Y quien, si no!...

Y no había flojos allí. Llaneros o montaraces, se habían “desgraciao” peleando. Y todo lo consentían, todo, menos desmentir al gaucho de chiripá y lanza en ristre, agazapado en cada uno.

Pero estaba él... Moreira -el de la leyenda-, luchando consigo para ser Cristo -Cristo, el de la fantasía. Allá, en Ushuaia, sobre la nieve, y preso.

En el bosque, hacheando robles. Del ramaje esquelético, ausente de hojas y nidos, penden goteras de hielo. Y así es que, al golpe del hacha abajo, contra los troncos, responde una armonía cristalina, arriba, desde las copas. Como si de cada rama volara cantando un pájaro.

El día es un árbol también, con ramazones de viento, sonoro y frío. Nuestro guardián se chamusca en un fuego de asar osos. Y más allá, como a tiro de pistola “matagatos”, nos apuntan seis fusiles.

A las nueve descansamos. Apenas unos minutos, para retomar el empuje, sorber un mate y cruzar, a media voz, una esperanza o un duelo. Pero ese día lo que cruzó fue una puteada rajante.

¿Qué había, anterior a entonces, entre el “80” y el “5”?... No lo sabía ni lo supe. Solo vi los ojos de éste, encandilados de furia. Y, en el aire, el relámpago, de su hacha.

Pero estaba él... Cuando me paré, ya había barajado el rayo. Y, enmarañado de cicatrices y luces, cantaba, lento y dulzón. -No, pues, ch'amigo. No hay que peliar entre hermanos.

Ni se dio cuanta el guardia ni nuestro esbirro. Cuanto a nosotros, como si hubiera pasado un ángel... Pero yo me acordé luego que había visto brillar, bajo unas cejas cerdudas, la luz de una puñalada; luz de colmillo de perro...

Y la noche de ese día murió el “28”. Dormía, dicen cuando al grito de: -¡Tomá, por metidao redentor!- lo pasó el puñal del “5”. De parte a parte. Como un lanzazo. ¡Jesús Moreira!

\*\*\*

## CONFERENCIAS

### SENTIDO DE LA CULTURA

Hay dos maneras de encarar las cosas, cualquier problema de interés político o religioso o social, que corresponden también a dos posiciones: desde la cátedra, como profesores, o desde la calle, como pueblo. Saber del asunto, o sufrirlo, estar en el libro o estar en la vida. Ciertamente hay veces que estas dos actitudes confluyen a un solo punto, se trenzan y penetran, irguiendo en un solo hombre la sabiduría completa. Es raro esto, pero suele realizarse en algunos genios.

Yo —está de más que lo jure— no soy uno de estos últimos ni tampoco de aquellos primeros: ni profesor ni genio. Hombre del pueblo, no más, que mira y trata de resolver los problemas que su vida de relación le plantea, desde su posición de rebelde a todo lo que le oprime o limita, sea ello ley, sanción moral o fetichismo mayoritario. Y como en la llamada *cultura* hay mucho de esto y muy poco de cuanto creo yo que debiera haber, es que vengo a combatirla, tratando también, de paso, de revelar lo que es para mí su verdadero *sentido*.

Entendemos por *sentido* el tono moral, el pulso mental, la postura del corazón y el cerebro frente a la vida. Cuanto a *cultura*, sin duda viene de culto, lo que, a su vez, sugiere servicio hacia determinada causa o imagen, finita o infinita. Y aquí es curioso observar que la raíz de nuestras más comunes expresiones se hunde en el Mito. A este respecto, tenía razón Agustín Lante cuando afirmaba, paralela a la paleontología, la mitogenia.

El hombre fue, y sigue siendo, un animal religioso. Es una verdad corriente que se ha pasado los siglos adorando siempre algo, físico o metafísico, soles o dioses, la irritación de la atmósfera o sus propias irritaciones de miedo o furia proyectadas al vacío. Su postura frente al mundo fue ésta y no otra: mesiánica, arrodillada.

La Enciclopedia es, por esto, el más eficaz esfuerzo de sabios y de rebeldes de oposición al Mito. Destacó al hombre contra el cielo. El sentido enciclopédico es el ateísmo.

No mella esta afirmación el hecho de que los enciclopedistas no fueran todas mentalidades ateas. Hablamos de sentidos, de posiciones. Voltaire diciendo que, si dios no existe, hay que inventarlo, no es nada más que el fullero pillado en trampa, que quiere, aun a costa de la perdición de su alma, justificarse. Antepone lo contingente a lo real.

La realidad enciclopédica es el ateísmo; lo contingente, la Revolución Francesa, que remató en la erección del nuevo Estado burgués. El Estado racional y no de origen divino; la sociedad regida por intereses y no por revelaciones. La urna en la iglesia. Éste fue el triunfo burgués, de mucha más importancia en todas las direcciones que el otro que, generalmente, se le destaca como más grande: contra los feudales. Triunfo de dios.

El burgués es, cultural y socialmente, ateo. Pero el ateísmo en sí, si no está condicionado por una honda y caudalosa vida interna, deviene, como todas las conquistas de la razón sobre el misterio, un simple y grueso cinismo. El burgués, ser exterior, mentalidad sensual y política, es también cínico.

El hecho de proclamar, paralelamente a *los derechos del hombre*, el tutelaje de éste por el Estado, denuncia en él la misma actitud fullera de Voltaire: *Si el gobierno no existe, hay que inventarlo*. Su inteligencia se revela en eso: captó en medio de la tormenta subversiva de aquella hora el sentido mesiánico del pueblo. Y le fabricó el ídolo. Y quien dice ídolo, dice culto, cultura, servicio.